



“Francisco Javier Clavijero”

p. 11-76

Víctor Rico González

Historiadores mexicanos del siglo XVIII. Estudios historiográficos sobre Clavijero, Veytia, Cavo y Alegre

Rafael García Granados (prólogo)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Historia

1949

224 p.

(Primera Serie 12)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 27 de junio de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/012/historiadores_mexicanos.html

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



FRANCISCO JAVIER CLAVIJERO



Francisco Javier Mariano Clavijero nació en Veracruz el 6 de septiembre de 1731, siendo el tercero de los once hijos que tuvieron D. Blas Clavijero y Doña María Isabel de Echegaray, según dice él mismo en un documento en el cual da cuenta de toda su familia:

“El Pe. Franco Xavier Mariano nació en 6 de Septiembre de 1731 a media noche, y en 9 del mismo mes se bapizó en la Parrochia de la Ciudad de Veracruz por el Dr. Dn. Julián de Arviso, y fué su madrina Da. María Franz Marín su abuela. El 18 de julio de 1734 se confirmó en Oaxaca por el Sr. Dn. Fr. Fran^{co}. de Santiago Calderón, y fué su padrino Dn. Diego Ant^o. de Larrainzar” ¹.

D. Blas Clavijero fué, según Maneiro, hombre “liberalmente dotado por la naturaleza, muy cultivado en las más pulidas letras y diligentísimo en la educación de sus hijos; padre que fué ciertamente para Xavier lo que en otro tiempo Cornelia para los Gracos” ². Poco sabemos de los primeros años de la vida de nuestro historiador. Durante ellos vivió en varios pueblos de la Mixteca, en los cuales ocupó D. Blas diferentes cargos. El mismo Maneiro, que sigue siendo la fuente principal para su biografía, dice que tuvo “desde muy niño, oportuna ocasión de tratar íntimamente con los mismos indios y de escrutar a fondo su índole y costumbres” “porque lo indígenas, a quienes el Prefecto don Blas trataba con gran humanidad, queriendo complacerlo, consagraban a su hijo un amor singular y competían en su servicio y regalo” ³.

Los primeros maestros de Clavijero fueron, pues, su padre y el am-

¹ Jesús Romero Flores.—*Documentos para la biografía del historiador Clavijero*, en *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, t. I, México, Talleres gráficos de la editorial Stylo, 1945. Así, pues, está equivocada la fecha de nacimiento de Clavijero que da Maneiro (9 de septiembre) y que es la que se venía utilizando generalmente por tratarse de la más directa. Lo más importante de la biografía que éste hizo de nuestro ilustre historiador, está traducido por Gabriel Méndez Planarte e incluido en su excelente antología *Humanistas del siglo XVIII*, México, Ed. de la U. N. A. M., 1941.

² Trad. cit. en *op. cit.*, p. 181.

³ Trad. cit. en *op. cit.*, p. 181.

HISTORIADORES MEXICANOS DEL SIGLO XVIII

bien mismo en que transcurrió su niñez. Este le dió el conocimiento directo, inmediato, de los indígenas a quienes había de consagrar la más importante de sus obras; aquél puso los cimientos de la sólida y extensa cultura que adquiriría durante su fértil vida. Se ignora en qué fecha comenzó Clavijero sus estudios académicos. Fueron éstos en Puebla, donde estudió latín y filosofía, primero en el colegio de San Jerónimo, y después en el Seminario de San Ignacio:

“Demostró clarísima y aguda inteligencia en el estudio de aquella filosofía que entonces se enseñaba y de la cual más tarde, ya maestro, él mismo se esforzaría por eliminar muchas cosas inútiles, para sustituirlas por la genuina filosofía de Aristóteles” ⁴.

Estudió después Teología, y ya entonces, a juzgar por lo que Maneiro dice, empieza a dar muestras de su carácter independiente, pues Clavijero no es el estudiante que se limita a las asignaturas académicas, sino que emprende estudios diversos por su propia cuenta:

“Pero aunque entonces fué la Teología su principal ocupación, dedicábase solícitamente en sus horas libres a los estudios amenos. Complacíase admirablemente en la lectura de los escritores españoles más sobresalientes por su ingenio y doctrina, por la prudencia de juicio y por la perfección de la lengua nativa: leía con particular empeño en aquel tiempo, a Quevedo, Cervantes, Feijóo, al angelopolitano Parra y a la egregia poetisa mexicana Juana Inés de la Cruz” ⁵.

Muy certeramente señala el biógrafo estas lecturas, porque, aparte de la **influencia** de Feijóo que, junto con otras estudiaré luego, es indudable que la lectura de los clásicos del idioma dejó una hondísima huella en Clavijero. Interesantísimo, y muy útil, sería un estudio sobre el valor formativo de los clásicos de la literatura para el historiador. Y no sólo por lo que respecta al estilo, que ya es mucho, sino también por esa “prudencia de juicio” de que habla Maneiro, y, sobre todo, por la portentosa capacidad para comprender lo humano que hay por ejemplo en un Cervantes. No es nada reñoto suponer que estas lecturas de adolescencia —el mismo Maneiro dice que por entonces apenas contaba 16 años— hayan preparado el espíritu de Clavijero para lograr ese profundo conocimiento de los hombres de que dió muestra magnífica en su *Historia*.

⁴ Maneiro.—Trad. cit., en *op. cit.*, p. 183.

⁵ Trad. cit. en *op. cit.*, p. 183.

FRANCISCO JAVIER CLAVIJERO

El 13 de febrero de 1748 ingresó el que había de ser gran historiador a la Compañía de Jesús, “después de algunas luchas consigo mismo”, según palabras textuales de Gabriel Méndez Plancarte ⁶. “Después de los dos años de noviciado, pasó a repetir los estudios de Humanidades, y se dedicó por su cuenta a estudiar el griego y el hebreo, el náhuatl, el francés y el portugués. Llegó a tener, asimismo, nociones de alemán, de inglés y de otras muchas lenguas” ⁷.

“Tan vastos conocimientos en un joven de veinte años de edad, serían ciertamente merecedores de grande alabanza aún cuando hubiera tenido por maestros a Aristóteles o a Marco Tulio y hubiera crecido en el siglo de oro de la literatura. Mas él había nacido en un tiempo en que aún no desaparecía del todo la corrupción del gusto literario, y había sido educado en una región del mundo en que exageradamente se temía que, con las nuevas luces doctrinales, se introdujeran los errores contrarios a la religión cristiana que en otros países pululaban y se difundían por todas partes: no de otra manera temieron antiguamente los religiosos Senadores del Capitolio que la literatura de los griegos corrompiera las costumbres de la romana juventud. Por lo que Clavijero, a quien costó no poco trabajo combatir —en compañía de unos cuantos— tales prejuicios, es digno de mayor alabanza y de la perenne gratitud de la posteridad” ⁸:

Maneiro continúa trazando la formación intelectual de Clavijero. He aquí sus palabras:

“Tomando como guías a Feijóo y a Tosca, había llegado a enamorarse de aquella filosofía que —adulta ya en tiempos de las Olimpiadas griegas— es por nosotros llamada moderna: amóla Clavijero, por así decirlo, con furtivo amor y cultivóla en sus estudios privados, leyendo durante ese año asiduamente las obras de Regio, Duhamel, Saguensio, Purchot, Descartes, Gassendi, Newton, Leibniz; cuyas vidas leía también con suma delectación, y estimaba muchísimo a Fontenelle por sus hermosos retratos de aquellos filósofos” ⁹.

“Diose entonces la feliz coyuntura de que, entre los jesuitas destinados a la Teología, se reuniera un grupo selectísimo de jóvenes que —por sus in-

⁶ *Op. cit.*, p. 183.

G. M. P. en *op. cit.*, *loc. cit.*

⁸ Maneiro.—Trad. cit., en *op. cit.*, p. 184.

⁹ Trad. cit. en *op. cit.*, pp. 184-185.

HISTORIADORES MEXICANOS DEL SIGLO XVIII

genios singulares y llamados a grandes empresas, por su encendido anhelo de saber y su magnánima fortaleza en la realización de sus proyectos— produjo en aquel país una entera renovación de las ciencias, o a lo menos la fomentó y difundió en gran manera” ¹⁰.

“Pero especialmente útil fué entonces para Clavijero la amistad con José Rafael Campoy, su compañero de estudios y guía que le señaló el mejor camino en la adquisición de las ciencias” ¹¹.

Fué Campoy —sigo siempre a Maneiro— quien reveló a Clavijero el enorme tesoro documental que en el siglo XVII había reunido Sigüenza y Góngora en el colegio de San Pedro y San Pablo. El historiador se dió al estudio de los códices indígenas que allí se encontraban. Es entonces, sin duda, cuando comienza una labor propia en el terreno de la historia, pues resulta evidente que su formación intelectual estaba ya lograda, por lo menos en los aspectos fundamentales. Conviene hacer aquí una pausa y considerar los pasos de Clavijero. En su niñez, contacto directo con los indígenas, allí donde ellos vivían más auténticamente: en el campo. Después, en la adolescencia, estudios de filosofía antigua y moderna, de teología; lectura de los clásicos; lenguas muertas y modernas —muy especialmente, idiomas autóctonos de México—; estudio de documentos indígenas. Todavía habrán de completarse estos conocimientos con otros indispensables, según veremos. Pero, ya desde ahora, podemos adelantar que no es Clavijero, ni el historiador charlatán, carente de información sólida, ni el erudito vacío, atento sólo a la satisfacción de encontrar un documento nuevo. El estudio de los códices lo alejará de lo primero; la mente filosófica y las lecturas clásicas, de lo segundo. Resulta, en verdad, enormemente difícil encontrar un hombre cuyos trabajos hayan puesto su mente en tan privilegiada situación para dedicarse a la historia; pero conviene subrayar que esta situación, por lo menos en gran parte, se la creó Clavijero por sí mismo, quién sabe si guiado por un plan preconcebido o por esa intuición que parece ser patrimonio de los grandes hombres. Sin ser un autodidacta, es claro ejemplo del hombre que se hace a sí mismo, porque, sin duda alguna, tuvo Clavijero una potentísima personalidad, de esas que, a modo de troquel, ordenan todo lo aprendido en una síntesis, que es la obra. Deliberadamente dejó para el final el análisis de los pocos datos que poseemos para el conocimiento del íntimo carácter de Clavijero. Ahora continuó con el relato de los hechos de su vida:

¹⁰ Trad. cit. en *op. cit.*, p. 185.

¹¹ Trad. cit. en *op. cit.*, *loc. cit.*

FRANCISCO JAVIER CLAVIJERO

Terminados sus estudios académicos, se encontraba, como va dicho, ocupado con sus códices, cuando se le nombró Prefecto de estudios en el Seminario de San Ildefonso de México, cargo de gran responsabilidad, lo que revela el enorme prestigio de que debía gozar Clavijero para serle con fiado tan joven. Ya en funciones, encontró la enseñanza defectuosa y se propuso hacer algunas reformas. Transcribo lo que nos dice de esto Maneiro, a quien sigo siempre por ser la fuente más directa:

*“Pero viendo cuán arduo y peligroso le sería tratar de extirpar ciertas costumbres que se habían arraigado en los colegios mexicanos de aquel tiempo, juzgó más oportuno guardar silencio y no introducir por lo pronto novedad alguna. Calmaba entretanto los aguijones de su conciencia con el pensamiento de que debía cumplir su oficio no según su propio parecer, sino de acuerdo con el del Rector; atormentábale, sin embargo, con vehemencia el pensar que se veía obligado a obrar en contra de lo que él estimaba más saludable y a exigir a los alumnos cosas que él juzgaba superfluas. Pocos meses duró en tal fluctuación de ánimo: porque siendo la sinceridad una de sus principales virtudes, decidióse a mandar al Superior de la Provincia un escrito en que, tras exponer el método que él juzgaba deberse adoptar en la instrucción de la juventud, abiertamente manifestaba el profundo dolor que le causaba tener que seguir un camino diferente de aquel que estimaba recto, y en vez de marchar por la senda deseada verse forzado a seguir otra que en manera alguna conducía a la meta propuesta. Gobernaba entonces la Provincia el P. Juan Antonio Baltazar, germano de origen y varón de gran prudencia y madurez de juicio, el cual habiendo pasado su juventud en el célebre Seminario de Parma, había recibido una educación noble y limpia de prejuicios. Admiró Baltazar y elogió grandemente el talento de aquel Prefecto, cuyo plan parecíale digno de un hombre ya célebre y encanecido en grandes años de gobierno”*¹².

Beristáin cita la siguiente respuesta del Provincial:

*“Tienes razón en cuánto expones; pero no es tiempo de hacer novedades: yo te relevo del empleo, para que no violentes tus sentimientos, ni atormentes tu conciencia”*¹³.

Otra vez, como en las lecturas, aparece aquí el espíritu independiente

¹² Trad. cit. en *op. cit.*, pp. 187-188.

¹³ *Biblioteca*, t. I, p. 353.

de Clavijero. Pero nunca ligero ni superficial. A través de estos datos —no poseemos otros—, sobre todo la carta del Provincial, se proyecta como una luz potentísima, ese hombre enormemente consciente, a quien no escapa ningún error de su tiempo. No se trata del rebelde “profesional”, que está contra todo, resulte lo que resultare. Por el contrario, hay en él una capacidad de reflexión y una madurez muy por encima de lo común. De otro modo no se conciben los elogios del Provincial. Por eso es Clavijero un revolucionario en el más alto sentido de la palabra. El rebelde por postura, lo es él solo, o con otros que de antemano tengan su mismo carácter; pero nunca deja huella profunda y duradera. Esto queda para los que, como Clavijero, revolucionan por convicción, porque sólo la convicción, apoyada en razones sólidas, tiene poder suficiente para modificar en lo más esencial una estructura que cuenta con el prestigio dado por los siglos.

Estas cualidades para conocer aquello que debe ser modificado, no valdrían nada, sin embargo, en un hombre que careciese de pasión por la verdad. Y ésta la posee Clavijero intensamente. Apenas la encuentra, sufre terriblemente, y sólo queda tranquilo cuando la implanta. Por eso correspondió a él, y a quienes como él pensaban, forjar un México nuevo, y por eso es, a despecho de no haber realizado ninguna empresa guerrera, un auténtico padre de la patria —y no solamente un precursor.

*“Desempeñó después la cátedra de Retórica, combatiendo el “gerundianismo” que reinaba todavía en la oratoria profana y sagrada. Ordenó sacerdote y presentó en Puebla examen final de Teología y Derecho Canónico. Y después de la “tercera probación”, pidió a sus superiores que lo dedicaran a trabajar por el bien de los indios en el Colegio de San Gregorio, donde pasó cinco años enteramente consagrado a esa labor espiritual y al estudio de los códices indígenas”*¹⁴

*“Entre sus escritos de esta época, deben mencionarse las dos cartas de San Francisco de Sales, traducidas y ampliamente anotadas por Clavijero; la biografía de su hermano, el presbítero secular Manuel Clavijero, y una Vida de San Juan Nepomuceno traducida del italiano. Fue después enviado a Puebla, y en el Colegio de San Francisco Xavier prosiguió su labor en favor de los indios”*¹⁵.

Clavijero ha de alegrar más tarde, como se verá, esta larga relación con los indígenas, para prestar autoridad a lo que de ellos dice en su *Historia*.

¹⁴ G. M. P. *Op. cit.*, p. 188.

¹⁵ G. M. P. *Op. cit.*, p. 189.

FRANCISCO JAVIER CLAVIJERO

*“Lo único que sintió Clavigero al tener que partir, fué el dejar en México a aquel grupo de jóvenes inteligentes y esforzados con quienes gustosamente comunicaba sus proyectos y de donde esperaba que nacería en breve aquella nueva edad de las ciencias por la que desde ya largo tiempo suspiraba”*¹⁶.

*“En Puebla pronunció su célebre panegírico de San Francisco Xavier, que movió al Provincial a emplearlo en estudios más altos y honoríficos, encomendándole la cátedra de Filosofía en Valladolid”*¹⁷.

He aquí el interesantísimo comentario de Maneiro:

*“Tardío honor, ciertamente, y que Clavigero algunos años antes se había rehusado a aceptar cuando se le designó para ir a Guadalajara. Mas dijérase que así lo decretó la Providencia Divina para que la nueva o restaurada filosofía que Clavigero osaba enseñar se viera corroborada por la madurez y autoridad del maestro y por la justa fama que ya para entonces habíase ganado. Era ya tiempo, en verdad, de restituir a su nativo decoro la filosofía, que en aquel país se hallaba muy decaída y con frecuencia degeneraba en fútiles bagatelas. Y ya en los años precedentes varios maestros de la Provincia mexicana de la Compañía ---en México, Guatemala, Querétaro, La Habana--- habían intentado lograr que los jóvenes saborearan algunas cuestiones, tan útiles como interesantes, que en tales colegios desde hacía muchos años no se trataban. Mas no hubo, antes de Clavigero, ninguno que enseñara allí una filosofía enteramente renovada y perfecta”*¹⁸.

*“Era ésta una síntesis construída con orden admirable, en hermoso latín y enteramente límpida, libre de toda superfluidad en temas y en palabras. En ella encontrábanse, admirablemente concentrados y dilucidados con suma perspicuidad, los filósofos griegos, así como también todos los útiles conocimientos descubiertos por los sabios modernos, desde Bacon de Verulamio y Descartes hasta el americano Franklin”*¹⁹.

El éxito del curso fué inmenso. Desde el discurso en latín con que lo abrió fué ya aplaudido por el Cabildo Eclesiástico de Valladolid que, por costumbre, asistía a estas inauguraciones. Sus alumnos, entusiastas aprendices

¹⁶ Maneiro, trad. cit. en *op. cit.*, p. 189.

¹⁷ G. M. P. *Op. cit.*, p. 189.

¹⁸ Trad. cit. en *op. cit.*, p. 190.

¹⁹ Maneiro, Trad. cit. en *op. cit.*, p. 191.

de esta filosofía renovada, presentaron excelentes exámenes, y, en resumen, el prestigio y la fama de Clavijero se extendieron enormemente. Parece ser que fué por entonces cuando comenzó a escribir los diálogos entre Filaletes y Paleófilo, defendiendo “la necesidad del método experimental y su supremacía en las cuestiones físicas sobre la autoridad de los antiguos”²⁰. Tras de un curso de filosofía en Guadalajara fué nombrado prefecto de la Congregación Mariana de Guadalajara. Allí le sorprendió la expulsión y hubo de embarcarse para Italia “después de haber sufrido una grave enfermedad en la Habana y un terrible naufragio cerca de Córcega. Se estableció primeramente en Ferrara, donde el Conde Aquiles Crispi y su hijo Benedicto le brindaron generosa amistad”²¹. Desde allí escribió a sus compañeros de destierro proponiéndoles el plan para una academia de artes y ciencias destinada a la educación de la juventud. La idea era sin duda excelente, pues en Italia se encontraba entonces mucho de lo mejor de la intelectualidad mexicana; pero las dificultades resultaron insuperables y el proyecto nunca se realizó.

Poco más tarde, Clavijero se estableció en Bolonia junto con otros ilustres desterrados, entre ellos Alegre, y tal era la fama de que gozaban que llamaban a su casa “Sede de la Sabiduría”. Allí escribió su *Historia antigua de México*, venciendo enormes dificultades, sobre todo económicas, ya que le resultaba penosísimo poder adquirir los libros indispensables para la elaboración de su obra. Felizmente su gran prestigio le abrió las puertas de las mejores bibliotecas, no sólo públicas sino también privadas. Visitó para ello Ferrara, Módena, Roma, Florencia, Génova, Milán, Nápoles y Venecia. Concluida su *Historia Antigua*, escribió otra de la Baja California, y tenía en preparación una historia eclesiástica de México y algunas obras más. Murió el 2 de abril de 1787.

Recordará el lector que al referirme al espíritu revolucionario de Clavijero utilicé la expresión “pasión por la verdad” en lugar de “amor por la verdad”, que es la más usual. Si lo hice así no fué por azar, ni aún con el objeto de cuidar el estilo rehuyendo ese lugar común: hay una razón mucho más profunda.

Quien lea la vida de Clavijero escrita por Maneiro, encontrará, más que una biografía, una apología, lo cual es, desde luego, muy natural, teniendo en cuenta que el biógrafo fué amigo y compañero del biografiado.

²⁰ G. M. P. *Op. cit.*, Introducción, p. XVII.

²¹ G. M. P. *Op. cit.*, p. 193.

No pretendo, con esta afirmación quitar valor a los datos que él nos proporciona; por el contrario creo que son muy útiles y por eso los he utilizado con preferencia sobre otros cualesquiera. Ahora bien, admitida la validez de una fuente histórica, es preciso determinar lo más nítidamente posible cuáles son sus límites, es decir, qué parte abarca del tema a investigar. Sin duda que Maneiro tiene un gran valor en todo lo que se refiere a la evolución intelectual de Clavijero y a los hechos más sobresalientes de su vida: es más, podemos afirmar que tiene una clara visión de ello. Pero hay algo que, a lo largo de la biografía, permanece como en la sombra, -sin manifestarse claramente: y este algo es Clavijero mismo, el hombre. Cierto que por sus acciones podemos conjeturar cuál era su carácter, pero de un modo bastante superficial y nunca diáfano. Por otra parte, cuando Maneiro habla de esto adopta un tono francamente apologético que nos deja aún más ignorantes:

*“Fué Francisco Xavier Clavigero un varón sólidamente cristiano, en cuya conducta no hubo jamás aquella vana apariéncia de virtud ni aquellos defectos que nacen de un ánimo estrecho o imprudente y que no constituyen la genuina piedad, sino más bien la recargan y falsean”*²², etc., etc.

Se comprende que no es esto lo que necesitamos, porque no se trata de saber si Clavijero fue o no un santo, sino sus condiciones como historiador. Cierto que su contextura moral tiene importancia indudable, pero no en el sentido en que la expresa Maneiro. Creo, en efecto, que Clavijero fué un hombre esencialmente bueno, porque lo es siempre quien con tanto empeño defiende la verdad, como él la defendió; pero si además de esto hubiera sido un pedante, tal cualidad no le restaría ni un ápice de valor desde mi punto de vista. La época en que los hombres grandes, por el solo hecho de serlo, habían de poseer todas las cualidades buenas y ninguna —o casi ninguna— mala, ha pasado hace mucho tiempo, y se ha repetido hasta la saciedad que en un mismo carácter pueden unirse virtudes y defectos en una infinidad de combinaciones aparentemente contradictorias las más de las veces. Quizá por eso nunca podamos ponernos de acuerdo los hombres al juzgar a nuestros semejantes: el que busca la santidad, muy raras veces acordará su opinión con la del que concede más valor a la agudeza intelectual o a la aptitud para la acción: San Pablo, San Agustín, Sto. Tomás, San Ignacio de Loyola y algunos más, agotarán bien pronto los puntos de coincidencia. Y esto es lo que le pasa a Maneiro: tan pronto

²² Trad. cit. en *op. cit.*, p. 195.

sale de la relación de las cualidades intelectuales de Clavijero, comienza a atribuirle las que corresponden al santo. Es natural: Maneiro era religioso, y es muy humano atribuir a los seres queridos y admirados aquellas cualidades que consideramos más excelsas. Por eso al emprender un breve análisis de la personalidad de nuestro historiador, he preferido usar otra fuente que, aunque por desgracia no es completa, no puede ser sospechosa de apasionamiento: se trata de una breve colección de documentos —cartas en su mayoría— encontrada y publicada por D. Jesús Romero Flores²³. Es en ellos en donde se encuentra confirmado lo que dije al principio de la pasión de nuestro autor. En efecto, la vida de Clavijero no fué tranquila en lo que atañe al espíritu. Parece, si se juzga a través de Maneiro, que tuvo un objeto bien claro y determinado y que ocupó su vida en realizarlo. Siendo así, sus dolores espirituales deberían de haberse reducido a aquellos que producen los obstáculos para llevar a cabo su proyecto: el hombre que desea algo firmemente y por encima de cualquier otra cosa, sufre cuando por alguna razón no puede hacer lo que desea. Pero en Clavijero parece que hubo crisis de otra índole: su psicología no fué tan sencilla, por lo mismo que no fué unilateral. Leyendo su obra se percibe bien pronto que conoció muy bien la vida, y esto hace sospechar de inmediato que se trata de un carácter complicado, porque los caracteres sencillos son, desde luego, los más fuertes, pero nunca comprensivos.

Ya el 23 de abril de 1748, es decir, dos meses después de haber iniciado su noviciado en Tepotztlán, recibió Clavijero una, para nosotros reveladora, misiva del Provincial de la Compañía, algunos de cuyos párrafos van a continuación:

“Mucho se ha dejado mi am^{mo} H. apoderar de la melancolía, y de las astucias del Demonio, a que lo veo tan sugeto, y rendido: y aun por esso se le rinde y sugeta, porque no conoce, que es el Demonio el que le persigue, y tira con todos sus poderíos a que pierda el incomparable bien de la vocación religiosa, y con ella la salvación eterna”...²⁴.

“No se dege, mi am^{mo}, dominar de la tentación; resuelvase a que esto ha de ser, que esto le conviene que lo que mucho vale mucho cuesta, proceda con mucha claridad manifestando al P^o Espiritual toda su conciencia, deter-

²³ Jesús Romero Flores. *Documentos para la biografía del historiador Clavijero*, en *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, t. I, México, Talleres gráficos de la Editorial Stylo, 1945.

²⁴ Esto y lo que sigue está incluido en la colección de documentos antes mencionada.

FRANCISCO JAVIER CLAVIJERO

minesse a que ha de estar hai sin hablar palabra sobre estos seis meses; haciendole a D^s este obsequio, y al cabo de essos vera las cosas con distinto color. A bien que yo he de ir a la Visita, y entre tanto no me habla más palabra, sino vivir mui obediente y mui ajustado a la obediencia”.

Lo que precede basta para inferir que el caso de Clavijero se encontraba muy por encima de lo vulgar, que no se trataba sin duda exclusivamente de las dudas y miedos que suelen presentarse a quienes siguen la vida religiosa. Sus superiores debieron de ver en él algo extraordinario para que con tanta atención se ocuparan de él: acaso su talento excepcional, acaso su estado mismo que, debemos suponer, no está explícito en la carta por ser ésta para el mismo interesado. De cualquier manera, podemos completar estas conjeturas con otra epístola del 23 de abril de 1761, dirigida también a Clavijero por Pedro Reales, Provincial de la Compañía, y que es mucho más clara para nuestro objeto que la anterior:

“Son ya tantas las quejas, que tengo de su falta de aplicación devida a los ministerios, de su desamor y desafecto a los indios, de su voluntarioso modo de proceder como de quien ha sacudido enteramente el yugo de la obediencia, respondiendo con un no quiero a lo que se le encarga como ayer sucedió, o por lo menos esa respuesta se le dió al Superior: que a la verdad no sé que camino tomar para q^e V. R^a se componga, y contenga en su deber. Mudanza de lugar es poco remedio, y ninguna satisfacción a la vida, y exemplo que VR^a ha dado, abstrayéndose casi todo del único de los que viven en esse Colegio, y entregándose a otros cuidados y estudios, q^e le embargan, y hase dessabrido el trato con essa gente”.

“Por que asseguro a V R^a, que me ha dado mui malos ratos aca en mi interior y que apenas se me ofrece cosa de mas cuidado, que VR^a, que esá calificado por punto menos que incorregible, y creo no sin razón, siendo cierto lo que se dize”.

Aquí las acusaciones son ya mucho más concretas y dan una idea de lo que buscamos. Desde luego no se trata de un malhumor transitorio, de un arranque violento, pero momentáneo; se ve que la situación de Clavijero tenía causas profundas y nada fáciles de extirpar. En primer lugar el hecho de que no fuera una, sino varias las quejas que se habían dado de él, revela la persistencia del mal. Además las faltas de que se le acusa son muy graves, sobre todo para un jesuíta: descuido de las obligaciones religiosas, desafecto a los indios, carencia absoluta del espíritu de obediencia

HISTORIADORES MEXICANOS DEL SIGLO XVIII

que tanto exige la Compañía, y, por último, algo que explica todo lo anterior, es decir, la propensión a ensimismarse, el carácter huraño que hace escabrosa la convivencia con el resto de la comunidad. Esto sólo se concibe en un hombre que ha llegado al límite de su resistencia.

Repárese en que el Provincial menciona en la carta que Clavijero se dedica “a otros cuidados y estudios”, distintos, por supuesto, de aquellos que está obligado a realizar. En otros términos, que se ocupa de sus labores personales, con manifiesto desvío de las que le corresponden como miembro de la comunidad. Claramente se ve en esto la tragedia de una personalidad excepcionalmente vigorosa que se ve reducida a la obediencia pasiva, a la simple cooperación, a ser un número más. Y es necesario que esto se le haya presentado a Clavijero en toda su intensidad para llegar a los extremos que expresa la carta. Muy angustioso debió de ser su estado para que él, que tanto amó y tan bien supo comprender a los indígenas, se alejara de ellos.

Esta es, a mi juicio, la pasión suprema de Clavijero: la del hombre que no cabe en sí mismo, y mucho menos en los moldes estrictos de la regla, y pugna por afirmarse, por realizarse. Alguien ha dicho que los hombres viven por un afán de inmortalidad, de ser, de un modo absoluto e irrestricto, lo que son. Acaso Clavijero es un representante típico de esta pasión de ser. Se dirá que no se concibe semejante cosa en un religioso; pero cuando esta fuerza, esta pasión, es tan abrumadora, arrolla al individuo junto con todas sus creencias y raciocinios: es la vida en su manifestación suprema, y ante ella poco o nada valen los sistemas, sean religiosos, filosóficos o de cualquier otra índole. Entiéndase bien que de esto no se infiere en absoluto que Clavijero fuese un descreído. Muy al contrario: se trata aquí de una fuerza incontrolable que está por encima —o por debajo— del pecado; porque, en realidad el pecado es la intención del mal —el mal en sí mismo es algo secundario—, y no existiendo esta intención deliberada en el caso de Clavijero —como creo que no existe—, sólo podrá interpretarse, desde un punto de vista religioso, como una argucia del demonio imposible de controlar al momento y que, sin embargo, Clavijero dominó algún tiempo después, según se infiere de los hechos subsecuentes de su vida. Es esta explicación necesaria por tratarse de un religioso, pues aunque en la actualidad suele ignorarse esto, resulta evidente que hay una gran diferencia psicológica entre el hombre que tiene fe y el descreído: para comprenderlo basta pensar que el creyente organiza toda su vida espiritual en torno a su fe —y no se aleguen las excepciones, pues es claro que se había aquí de los creyentes sinceros.

Clavijero logró dominar su difícil estado; pero no perdió nunca por completo esa pasión que lo animaba. Superó el período agudo, pero no

FRANCISCO JAVIER CLAVIJERO

pudo —ni siquiera sabemos si lo intentó— cambiar aquello que constituía lo más esencial de su ser. Durante toda su vida siguió siendo el apasionado, el revolucionario. Así, todavía en 1766 (3 de junio) escribía desde Guadalajara al Provincial, que lo era Salvador Gándara, rogándole que lo restituyera a su empleo de Valladolid, debido, según decía, a su mala salud que empeoraba en Guadalajara. Pero en la carta se trasluce otras causas:

“Fuera de estos motivos, y otros que no me atrevo a escribir, temo prudentemente que en el nuevo Gobierno ²⁵ se me han de ofrecer en este Colegio algunos lances, en que mi genio ardiente me precipite a algún exceso”.

Véase cómo él mismo nos da, con sus propios términos la clave de su carácter: “genio ardiente”, es decir, pasión. El temor a los “lances” revela que Clavijero no tenía paz con sus compañeros, seguramente desde aquella conducta suya de 1761. Por lo demás esta carta revela una angustia verdaderamente conmovedora:

“Pido pues a V. R. por la Sangre de Jesucristo, que mire por mi bien con entrañas paternas, y me restituya a mi rincón de Valladolid, en donde únicamente he conseguido la paz y quietud de mi espíritu, que necesito para atender el negocio de mi salvación, y en donde por la misericordia de Dios he vivido sin ofensa de los nuestros ni de los extraños. Bien conozco que este modo de proponer es muy ajeno de aquella santa indiferencia que pide N. P. S. Ignacio a sus hijos; pero también sé que si el Santo viviera en el mundo no se ofendería de que con afecto y confianza de hijo le pidiera yo el consuelo de, mi espíritu entre tantas tribulaciones, y después de tan duros golpes como he sufrido”.

He subrayado algunas líneas del párrafo precedente, sobre las cuales me ha parecido útil concentrar la atención del lector. Casi nada sabemos desgraciadamente de las ofensas, tribulaciones y golpes de que habla nuestro historiador. Tenemos, de un lado, el borrador de una extraña carta sin fecha ni lugar que, según conjetura el Sr. Romero Flores, debió de ser escrito en Valladolid. He aquí lo que dice el mismo editor:

“En un papel que sirvió de sobre a una carta dirigida al P. Clavigera, hay el siguiente borrador de una carta que él dirige a una mujer, a la causante de una acusación que le hicieron de haber intervenido en un matrimonio, según se adivina por el contexto”.

²⁵ Gándara acababa de iniciar sus funciones como Provincial.

HISTORIADORES MEXICANOS DEL SIGLO XVIII

En esto está sin duda una de las “tribulaciones” que, desgraciadamente, se encuentra hasta ahora en el más profundo misterio, pues la carta proyectada —y quién sabe si dirigida a su destino— no es nada explícita, como escrita para quien conoce perfectamente el enredo. De cualquier manera la incluyo al final de este estudio, junto con otras que leídas íntegramente darán oportunidad de juzgar con independencia de mi propio criterio.

Por otra parte, en una significativa posdata a la carta de Guadalajara de que me vengo ocupando se encuentra lo siguiente:

“Advierto a V. R. que no hará fuerza en la ciudad la mudanza que solicito; porque desde que vine no he dejado de quejarme de mis indisposiciones, y siempre he dicho que verísimilmente dejaría el empleo en el nuevo Gobierno. En lo demás de la Provincia, los que no creyeren ²⁶ mi indisposición, ya saben mi grande repugnancia a este empleo. Se persuadirán a que me es insufrible el verme condenado a remendar un curso que propuse ahora hace nueve años, y que precisamente me ha de causar rubor el enseñar Filosofía al mismo tiempo, y en el mismo Colegio, en que leen Teología dos sujetos mucho más modernos que yo. Protesto a V. R. y aún si fuere necesario, lo haré con juramento que no es ese el motivo de proponer la ocupación, sino los arriba expresados”.

Así, pues, la situación de Clavijero en la Provincia era bastante mala. La respuesta, no dada por Gándara, sino por Francisco Zevallos, fue negativa. Le habla, como ya antaño le habían hablado, de sus melancolías que le llenan de “especies funestas”. En realidad la carta contestó únicamente la posdata de Clavijero, pues, por lo visto, Zevallos pensó que la verdadera causa para pedir el traslado era el sentirse humillado. La epístola en cuestión se encontrará al final de este estudio. Resalto, tan sólo, estas líneas:

“Cierto que es lástima q los talentos, q D^s. ha dado a V R^a. no se logren como podían por estas especies”.

A lo que parece se consideraba a Clavijero como un hombre frustrado. Lo cierto es que la *Historia*, su obra maestra, y la única importante que conocemos de él, la escribió, y elaboró en su mayor parte ya libre en Italia. Quién sabe si la hubiera llegado a realizar sometido a la férrea disciplina de la Compañía.

²⁶ En la publicación de Romero Flores, de la cual están tomadas estas cartas se lee “exeyeren”, que atribuyo a un error paleográfico o, quizá, de imprenta.

FRANCISCO JAVIER CLAVIJERO

En estas páginas he tratado de mostrar lo poco que se sabe de la personalidad de Clavijero. En mi opinión, obtenida a la luz de documentos irrecusables, tuvo una portentosa inteligencia al servicio de una gran pasión. Esto no perjudicó a su obra: al contrario, la hizo grande, y grande sigue siendo ante la posteridad. Porque la pasión de Clavijero fué noble, y la gloria siempre ha sido para los apasionados, en el mejor sentido de la palabra.

Todo lo anterior tiene una relación muy directa con el estudio de la *Historia* de Clavijero que emprendo ahora. Porque, en efecto, hay escritores cuya vida no parece influir de un modo muy directo en su obra, mientras que en otros no se explica la obra sin conocer previamente al hombre. Los ejemplos son muy numerosos: baste citar a Cervantes, y ya en nuestra época a Unamuno. Pues bien, Clavijero es de éstos. Al analizar su carácter, hemos visto que era de aquellos que lo condicionan todo, y cuando se les escapa algo luchan; por eso no puede extrañar que la *Historia antigua de México*²⁷ esté completamente impregnada del espíritu de su autor.

Imagina, lector, a Clavijero desterrado. No es hombre que dé mucha importancia al género de vida, y por lo mismo no se dejará vencer ni quedará pasmado e inactivo por el brusco cambio; pero ha perdido algo que

²⁷ Como es sabido, esta obra fue escrita en español, pero traducida al italiano por el mismo Clavijero y publicada en Cesena (1780-1781) con el título de *Storia Antica del Messico*. Fue vertida muy pronto a las principales lenguas europeas, entre ellas el español. La primera versión española es la de J. Joaquín Mora (Londres, 1826), seguida por las de Francisco Pablo Vázquez (México, 1853), Diego Troncoso y Buenvecino, Félix Osoreo de Sotomayor, Manuel Muñoz Castilblanque, Miguel Frías y José Alejandro de Treviño y Gutiérrez. Estas cinco últimas quedaron inéditas, y varias de ellas están perdidas. (Rafael García Granados menciona una sexta traducción inédita sin dar el nombre del traductor. Todos estos datos, y otros importantes sobre la bibliografía del historiador, pueden verse en *Filias y Fobias*, volumen de opúsculos históricos, de García Granados, entre los cuales se encuentra el mejor estudio bibliográfico sobre Clavijero que se ha hecho hasta ahora). Por fin, hace algunos años, y tras de no pocas vicisitudes, fue hallado el manuscrito autógrafo de Clavijero —en español, naturalmente— y publicado por Mariano Cuevas. Dicho manuscrito comprende toda la historia, excepto la dedicatoria, el prólogo y las disertaciones, que, para su edición, fueron tomados de la traducción de Francisco Pablo Vázquez. La mención bibliográfica de esta edición, que es la utilizada en este estudio, es como sigue: Francisco Javier Clavijero.—*Historia Antigua de México*. (Primera edición del original escrito en castellano por el autor). México, Edit. Porrúa, S. A., 1945. 4 vols., de los cuales el último contiene las disertaciones.

HISTORIADORES MEXICANOS DEL SIGLO XVIII

para él significa una vida de dedicación y de trabajo: la patria, los indios. Ahora está solo y pobre en un país extraño: sólo tiene una riqueza que es él mismo. Gracias a ella encuentra protectores; pero esto no lo invita a la molición. Siempre activo, trata de organizar una academia de artes y ciencias, idea que desgraciadamente fracasa. Pero tampoco esta vez se detiene: ha visto que su tierra y sus indios son calumniados, y no sólo por los ignorantes; el mal es más hondo: son los filósofos, los historiadores, los cultos de la época quienes siembran en libros embusteros o simplemente mal informados, esas mentiras monstruosas que llenan Europa. Y él, Clavijero, sabe la verdad; sabe la verdad y puede decirla. Nadie más capacitado para hacerlo. Y la verdad se le inflama, le arde en el pecho: entonces nace la obra. Es obra polémica, llena de pasión, pero de una pasión que no la inclina demasiado a una parte de la verdad; más bien la eleva: es la sed de verdad la musa de este libro.

A mi entender no se ha señalado aún con suficiente energía el carácter polémico de la *Historia*. Desde luego que es evidente, y así, nos dice ya Beristáin en su *Biblioteca* (p. 353):

“No perdió de vista el estudio de la historia mexicana, y había hecho un acopio inmenso de materiales exquisitos; mas no se determinaba todavía a escribir una obra arreglada, hasta que llegaron a sus manos las Reflexiones filosóficas sobre la América del prusiano Paw: obra de bello estilo, pero llena de errores y equivocaciones groseras sobre las cosas de esta parte del mundo. Entonces se resolvió a escribir nuestro jesuita su famosa obra de la Storia Antica del Messico”.

Por su parte, José Joaquín Pesado ²⁸ dice al respecto:

“Sin grande esfuerzo, y sin mostrar que lo pretendía directamente, reducido a polvo las gratuitas suposiciones de Paw”.

Ignoro con qué óptica habrá considerado Pesado la *Historia* para llegar a tan peregrina conclusión. Porque para cualquier lector, por ingenuo que sea, resulta clarísimo que, no sólo fueron Paw y secuaces una de las mayores preocupaciones de Clavijero, pero además no puso el menor empeño en disimularlo, al grado de que las referencias —nada corteses, por cierto— al

²⁸ Artículo *Clavijero* del *Diccionario Universal de Historia y Geografía*. Las razones que hay para atribuirle este artículo a Pesado y no a José Fernando Ramírez, como se hacía erróneamente, pueden verse en el citado estudio bibliográfico de Rafael García Granados.

FRANCISCO JAVIER CLAVIJERO

prusiano se suceden continuamente, y sobre todo en las *Disertaciones* es raro encontrar una página en la que no aparezca su nombre. Ya antes de entrar en materia —en la *Noticia de los escritores de historia antigua de México*— habla de los que

“...han alterado los hechos a su arbitrio por herir con más crueldad a los españoles, como neciamente lo ha hecho el señor Paw en sus *Investigaciones filosóficas sobre los americanos*, y el señor Marmontel en su *Romance de los Incas*”. (T. I, p. 46).

Se refiere además al “desatinado Mr. de Paw” y siempre que lo cita, acompaña su nombre con algún adjetivo por el estilo.

“Porque ¿cuántos al leer, por ejemplo, la obra del investigador [Paw, según añade en una nota], no se llenarán las cabezas de mil ideas indecentes y contrarias a la verdad de mi Historia? El es filósofo a la moda y erudito principalmente en ciertas materias, en las cuales sería mejor que fuese ignorante, o a lo menos que no hablase. El sazona sus discursos con bufonadas y maledicencia, poniendo en ridículo a cuanto hay respetable en la Iglesia de Dios, y mordiendo a cuantos se le paran por delante en sus Investigaciones sin ningún respeto a la inocencia. El decide francamente, y en un tono magistral²⁹ cita a cada tres palabras a los escritores de la América, y protesta que su obra es fruto del trabajo de diez años. Todo esto hace entre muchos lectores de nuestro siglo filosófico, muy recomendable al autor”. (T. IV, pp. 9-10).

“Este es un ligero bosquejo del monstruoso retrato que el señor Paw hace de la América. No lo expongo enteramente y omito también el que han hecho otros autores mal informados o igualmente que él preocupados, porque no tengo paciencia para copiar tantos despropósitos. No pretendo hacer la apología de la América y de los americanos, porque para esto sería necesaria una obra muy voluminosa. Para escribir un error o una mentira bastan dos líneas, y para impugnarla no bastan tal vez dos páginas y ni aún dos hojas: ¿de cuántas, pues sería menester para refutar tantos centenares de errores? Por lo mismo, solamente quiero impugnar los que se oponen a la verdad de mi Historia. He escogido la obra del señor de Paw, porque en ella, como en una sentina de albañal, se han recogido todas las inmundicias, esto es, los errores de todos los demás. Si tal vez parecen un

²⁹ En la acepción de *doctoral, pedante*. “Aplicado a los accidentes externos, se toma en mal sentido: Tono magistral”. (*Diccionario de la Academia Española de la Lengua*).

poco fuertes mis expresiones, esto ha sido porque juzgo no ser conveniente usar de dulzura con un hombre que injuria a todo el Nuevo Mundo y a las personas más respetables del antiguo”. (T. IV, p. 12).

Y todavía añade en la misma página:

“Pero aunque la obra del señor de Paw sea el principal blanco a que se dirigen mis tiros, *tendré que hacer también con algunos autores, y entre éstos, con el señor de Buffon*”.

Ahora se comprende por qué es absurda la afirmación de Pesado, y por qué mostré mi extrañeza de que la *Historia* de Clavijero no haya sido estudiada sobre la base de considerarla una obra polémica, sobre todo teniendo en cuenta que él mismo lo dice. Es conveniente reparar en la violencia de su estilo en estos pasajes citados, porque confirma en parte lo dicho acerca de su temperamento, y muestra a la vez la conexión íntima que hay entre éste y la obra, conexión que he procurado poner de manifiesto lo más claramente posible. Habrá notado el lector, además, que en las citas precedentes no hay ninguna mención explícita de los indios, a quienes Paw trató con extrema dureza. En efecto, he rehuído transcribir los párrafos que tratan de ello, por llevar un orden en la exposición, según el cual estudiaré lo relativo al problema indígena más adelante y con todo detenimiento.

La *Historia antigua de México*, no sólo representa el fruto del trabajo ímprobo de varios años; es algo más: representa la culminación de toda una vida proyectada hacia ese objeto, porque a Clavijero se le presentaron obstáculos mucho más difíciles que los habituales en la composición de una obra de tal magnitud. El mismo lo dice clara y abiertamente, como es su costumbre.

“La historia antigua de México que he emprendido para evitar la fastidiosa y reprehensible ociosidad a que me hallo condenado, para servir del modo posible a mi patria y nación y para restituir a su esplendor la verdad ofuscada por una turba increíble de modernos escritores de la América, me ha sido no menos fatigosa y difícil que dispendiosa. Pues pasando en silencio los grandes gastos que he tenido que hacer para proporcionarme de Cádiz, de Madrid y de otras ciudades de Europa los libros necesarios, he leído y examinado con diligencia todo cuanto se ha publicado hasta ahora sobre la materia; he confrontado las relaciones de los autores y he pesado su autoridad en las balanzas de la crítica; he estudiado muchísimas pinturas

FRANCISCO JAVIER CLAVIJERO

históricas de los mexicanos; me he valido de sus manuscritos leídos antes cuando estaba en México, y he consultado muchos hombres prácticos de aquellos países”. (T. I, p. 26).

Dejando por ahora a un lado toda la sustancia que tiene este párrafo en cuanto se refiere al criterio histórico de Clavijero, deseo señalar solamente la magnitud del esfuerzo de este hombre extraordinario que puso su vida toda al servicio de su patria y su pueblo. Y se comprenderá mejor cuán grande es su mérito si se piensa en que, como él mismo dice, se trata de “un hombre reducido a un miserable estado por las tribulaciones, que se ha puesto a escribir a más de dos mil y trescientas leguas de su patria, desproveído de muchos documentos necesarios, y privado de las confrontaciones que pudieran proporcionarle las cartas de sus compatriotas”. (T. I. pp. 19-20).

Y aún no nos ha dicho todo. Porque conviene reparar en que esos “grandes gastos” de que habla no los hace un hombre de posibles: están sacados del dinero de un desterrado que sólo tiene una pensión apenas suficiente para vivir. Clavijero tuvo que reducir al mínimo sus propias necesidades. Su pobreza era —dice Maneiro— “bastante visible hasta en su manera de vestir”. Pero a él no le importaba: por encima de cualquier otra circunstancia estaba su pasión. Era de esos hombres para quienes satisfacerla lo compensa todo, aún los mayores sacrificios. Y así, al dedicar su obra a la Universidad de México, puede decir:

“Facilmente reconocerán V. SS. leyendo esta obra, que ella, más bien que historia, es un ensayo, una tentativa, un esfuerzo pero grande, de un ciudadano que a pesar de sus calamidades se ha empleado en esto, por hacerse útil a su patria, y en vez de desaprobare sus yerros, compadecerán V. SS. al autor y le agradecerán el servicio que ha prestado a V. SS. en explorar un camino que por nuestra desgracia se ha hecho dificultosísimo”.

Sí, él tiene conciencia plena de su valer. Se sacrifica durante años sin pedir nada a nadie; trabaja en las peores condiciones; sufre solo sabiéndose grande ante sí mismo; y después, al dar el fruto de su trabajo, no pide nada tampoco: sólo exige lo que se le debe: agradecimiento. Es el espíritu de Don Quijote cuando pedía tan sólo a los que le debían algún favor, que fuesen a postrarse a los pies de Dulcinea.

Aclarados en parte los motivos por los que escribió Clavijero, y las condiciones en que realizó su obra, ha llegado el momento de penetrar en ella, comenzando, naturalmente, por el análisis de sus ideas acerca de la historia.

Lo primero que salta a la vista es su insistencia en afirmar que el mayor mérito de su historia consiste en la intención de veracidad que la anima. “Al escribir —dice en el vol. I, p. 27— me he propuesto como principal objeto la verdad”. Es claro que esto, en sí mismo, nos dice bien poco acerca de un historiador, porque la mayoría de ellos suelen decir lo mismo aunque estén desprovistos de las condiciones necesarias para cumplirlo. Casi nadie sostiene con Sigüenza o con Solís que “la primera ley de la historia es el estilo”. Por eso lo que más nos importa determinar no es que Clavijero busque la verdad, sino *cómo* la busca, porque muchos —la mayoría— lo hacen mal. En este mismo volumen se estudia a un historiador —Mariano Veytia— que se propone también como principal objeto la verdad, pero cree que decirlo consiste en transcribir documentos antiguos sin crítica. Además su exposición es enormemente confusa, de suerte que, aun cuando acertase, no tendría su obra gran utilidad, por oscura. Por otra parte, y aun hablando claramente, hay muchas maneras de expresar la verdad, algunas de las cuales la desvirtúan lamentablemente. Por eso, en esta parte del análisis de la obra histórica de Clavijero me propongo determinar lo mejor posible las dos respuestas a otros tantos problemas fundamentales: el criterio de verdad, o sea la forma que él tiene de hallarla, y el criterio expositivo, es decir, cómo se expresa en Clavijero esa verdad.

Ante todo resulta evidente para cualquier lector desapasionado que Clavijero tiene efectivamente un criterio de verdad. Es decir, que no se limita a repetir lo que encuentra, sino que procura extraer del inmenso material de las fuentes aquello que cree certero. Su método es, pues, crítico. Ya en el prólogo de su obra dice: “he leído y examinado con diligencia todo cuanto se ha publicado hasta ahora sobre la materia; he confrontado las relaciones de los autores y *he pesado su autoridad en las balanzas de la crítica*”. (T. I, p. 25). Y en carta a Mariano Veytia, dice:

*“Al trabajo de allegar los materiales se siguió el de digerirlos, combinando las relaciones frecuentemente indigestas, y muchas veces encontradas de nuestros autores, y procurando sacar del pozo de Demócrito la verdad. V. sabrá por su propia experiencia mejor que ningún otro la dificultad que hay en esta parte por la negligencia o infidelidad de nuestros historiadores”*³⁰.

³⁰ Esta carta está publicada por F. Ortega en el prólogo a la *Historia Antigua de México*, de Mariano Veytia. Está fechada en Bolonia el 25 de marzo de 1778. Seguramente Veytia no la recibió nunca o murió antes de contestarla.

En esta misma obra, al referirme precisamente a Veytia hay varias indicaciones útiles para la valoración de las ideas de Clavijero. Y consisten en que la crítica fundamental que hago a Veytia se refiere expresamente a su concepto de la historia, según el cual la misión del historiador se reduce a reproducir las fuentes. Este es el caso típico, y por lo mismo exagerado, del historiador erudito, que se considera mero copista y ordenador de una historia ya hecha. ¿Y quién hace la historia? Aquí está la raíz de la cuestión: de hecho, este tipo de historiador confunde lamentablemente las dos acepciones que, como es sabido, tiene la palabra historia, y que son: a) el devenir de lo humano, y b) la exposición y *explicación* de ese devenir. La confusión radica, pues, en que el erudito no considera el término *explicación* y por eso estima que la historia está hecha, que es solamente el devenir humano. De ahí que su misión se reduzca a exponerlo fundándose, a ser posible en los datos de testigos presenciales. Le ocurre lo mismo que a un físico que considerara su ciencia como mera descripción de los fenómenos, y así, se pusiera a describir, con todo cuidado, la caída de los cuerpos, por ejemplo, sin buscar su explicación. ¿Se concibe un Newton, así? No. Sería absurdo; y sin embargo aun hay quienes llaman historiadores a individuos tan necios como nuestro físico hipotético.

Este planteamiento de la cuestión nos permite situar mejor a Clavijero y señalar la gran significación que tiene su pensamiento histórico en pleno siglo XVIII. En las citas precedentes habrá visto el lector cuán lejos está de la monotonía erudita. Y no porque él no hiciera uso de la erudición; al contrario: fué quizá el más brillante erudito de su siglo, por lo menos en lo que se refiere a historia antigua de México. Pero su mérito consiste en haber puesto la erudición en su lugar, que es el de una etapa preparatoria; nunca definitiva ni valiosa en sí misma. Así, habla de *digerir* el material de la historia, y el término no puede ser más exacto. Porque los documentos, y las fuentes en general, no son más que eso: materiales; y para convertirlos en historia es preciso someterlos a una operación que muy bien puede llamarse digestión intelectual —sobre todo entre quienes no consideren el símil ofensivo para el intelecto, pues, sin duda, no faltarán melindrosos que lo rechacen.

Clavijero, en efecto, elabora cuidadosamente sus materiales: esto se percibe a lo largo de toda su obra. Ahora bien, determinar hasta qué punto consigue el objeto propuesto, es decir, la verdad, es problema aparte cuya solución la obtendremos en el análisis de la obra misma. Pero sea cual fuere el resultado obtenido, Clavijero tiene un mérito indiscutible e independiente de él, y es haber señalado un método en un tiempo en que eran muy pocos los que se percataban de su necesidad. Una operación análoga hizo en la

física: defender el método experimental contra el argumento de autoridad; y el valor de esta defensa no queda empañado por el hecho de que Clavijero no se dedicó nunca a la experimentación. Del mismo modo, su *Historia antigua de México* ha sido superada en casi todos sus aspectos; pero su criterio histórico sigue estando mucho más cerca de la verdad que el de esos eruditos con pretensiones de historiadores que todavía tienen carta de naturaleza en el mundo intelectual.

Antes de pasar al estudio puntual de la *Historia* queda por dilucidar la otra cuestión anunciada, a saber: la forma de exposición en Clavijero. El, con la clarísima visión que le distingue, se percató plenamente de la importancia de esto, y así lo expresa en varias ocasiones. Así, al reseñar los méritos de su obra, dice que espera sea “agradable a los literatos”, entre otras cosas “por la naturalidad en el estilo”. (T. I, p. 26). *Naturalidad* considera él mismo que es la mejor condición de su estilo, y expresamente señala que no se ha propuesto “hermosear la narración con un estilo brillante y elocuente, con reflexiones filosóficas y políticas y con hechos inventados por el capricho, como —dice— lo hacen no pocos autores de nuestro decantado siglo; pero a mí, como que soy enemigo jurado de todo engaño, mentira y afectación, me parece que la verdad es tanto más hermosa cuanto está más desnuda”. (T. I, p. 27). Entiéndase bien, que no se trata de defender una forma desaliñada, ni mucho menos. Se pretende simplemente lograr un estilo sencillo y claro, si bien cuidadoso, con el fin de mostrar la verdad en su prístina pureza. He aquí sus palabras:

*“No he omitido diligencia alguna para la perfección de mi obra: he procurado la mayor pureza y propiedad en el lenguaje, la mayor exactitud en la ortografía, la mayor concisión, la mayor claridad, el mejor orden, y sobre todo, la mayor imparcialidad y fidelidad en la narración”*³¹.

En este aspecto, efectivamente, su *Historia* es inapreciable. No se me ocurre para ella un elogio mayor y más breve que decir que logró cuanto se propuso, porque resulta muy difícil encontrar un libro tan claro y de tan fácil lectura como éste. Clavijero es un verdadero maestro de la exposición histórica desde cualquier punto de vista que se le mire.

A partir de este punto nuestra tarea consiste en determinar si Clavijero realizó su obra en concordancia con las ideas históricas estudiadas, y en

³¹ En la citada carta a Veytia.

caso afirmativo ver en cuáles aspectos existe esta concordancia y en cuáles no. Esto es necesario estudiarlo, porque es proverbial la dificultad de los autores, en todas las ramas del saber humano, para seguir rigurosamente los planes que ellos mismos se proponen; los cuales suelen ser magníficos, mientras que la realización queda, en la mayor parte de los casos, muy por debajo. Recuérdese, a manera de ejemplo, el caso eminente de Descartes, quien, tras de proponerse la duda metódica, se permite aceptar cosas que eran ya consideradas muy inseguras —y con justicia— antes de él.

Desde luego que Clavijero cumple mucho de lo que se propone, como ya hemos visto en lo relativo a la exposición histórica, y la primera confirmación que encontramos, en el terreno de la elaboración, es la de haber “leído y examinado con diligencia todo cuanto se ha publicado hasta ahora sobre la materia, y confrontado las relaciones de los autores, y pesado su autoridad en las balanzas de la crítica”. (T. I, p. 25). Porque lo primero que sorprende al lector, antes de comenzar la historia, es la “Noticia de los escritores de la Historia antigua de México”, dividida en tres partes que comprenden otros tantos siglos: XVI, XVII y XVIII. Advierto al lector que no se trata de una simple relación erudita de nombres, títulos, fechas, ediciones, etc. Estos datos están consignados, ciertamente; pero además —y esto es lo que verdaderamente importa— al nombre de cada autor sigue un breve juicio crítico que, en su casi espartana concisión, resume sus más salientes características, según Clavijero. Lo mismo hace con las colecciones documentales indígenas que van estudiadas al final de la noticia bajo el rubro de “Pinturas”.

Esta parte de la obra de Clavijero, independientemente de la gran utilidad que representa para el que desea orientarse en los estudios de historia antigua de México, tiene para nosotros —ya superada esa utilidad—, por un lado el mérito indiscutible de ser una forma incipiente de historiografía, y desde luego, la primera labor de este género que se hizo en Nueva España; por otra parte es un fértil campo de estudio para el justo conocimiento del mismo Clavijero, pues se encuentran en él muchas de sus cualidades. De ahí que trate de analizar los aspectos más destacados de esta parte de su obra.

“Bernal Díaz del Castillo, soldado conquistador. La Historia verdadera de la conquista de la Nueva España escrita por él, se imprimió en Madrid el año de 1632 en un tomo en folio. A pesar de lo imperfecto de sus relaciones y de lo inculto de su lenguaje, es muy apreciada esta historia por la sencillez y sinceridad del autor, que en toda ella se descubre. El fué testigo ocular de todo cuanto refiere; pero algunas veces no sabe explicar las cosas

HISTORIADORES MEXICANOS DEL SIGLO XVIII

por razón de su falta de literatura, y algunas veces manifiesta haber olvidado los hechos, sin duda por haber escrito muchos años después de la conquista”. (T. I, pp. 31-32).

El juicio es bastante exacto, aún para nosotros, y naturalmente su mérito crece al reparar en la época en que se escribió. Sabido es que el hecho de haber sido Bernal testigo ocular de lo que relata le ha prestado, y sigue prestándole, una inmensa autoridad. Es, sin duda, el historiador de la conquista que goza de más crédito, pues se le considera el más veraz. Sólo en nuestros días una conciencia tan aguda como la de Ramón Iglesia, ha podido percatarse —y demostrar claramente— de que Bernal Díaz es parcial, tanto como un Gómara, que ha corrido una suerte diametralmente opuesta ³². No obstante lo cual, la gran mayoría de los historiadores contemporáneos siguen dando su preferencia a Bernal, cosa nada extraña, pues las ideas nuevas necesitan tiempo para sustituir a las tradicionales. Por eso el juicio de Clavijero se encuentra situado en la corriente predominante y considerada verídica. En lo que dice de la “falta de literatura” de Bernal tiene toda la razón aunque la opinión más común no vaya de acuerdo con esto. Téngase presente que se ha exagerado mucho respecto de las cualidades literarias del conquistador, sobre todo por influencia manifiesta del romanticismo. Esto no es restarle mérito: lo tiene enorme si se atiende a que era hombre de guerra, sin estudios; pero considerada la *Historia verdadera* en sí misma y prescindiendo de las condiciones de su autor, resulta evidente —y casi es perogrullesco el decirlo— que sus imperfecciones son múltiples, y en este aspecto, es muy inferior a la de Gómara. Repárese por último en que Clavijero alaba la sencillez, aunque critica el desaliño, lo cual concuerda completamente con su criterio de lo que debe ser la relación histórica.

Veamos ahora el juicio de nuestro autor sobre el historiador que ha sido tradicionalmente, y sigue siendo, antipolo de Bernal ³³, es decir, Gómara:

“Francisco López de Gómara. La historia de la Nueva España, formada por este docto español sobre las relaciones que oyó de boca de los conquistadores y sobre los escritos de los primeros religiosos que se emplearon en la conversión de los mexicanos, impresa en Zaragoza en 1554, está bien escrita y es curiosa. El fué el primero que publicó las fiestas, los ritos, las leyes y el modo que los mexicanos tenían de contar el tiempo; pero en

³² Véase Ramón Iglesia.—*Cronistas e historiadores de la conquista de México*. Ed. “El colegio de México”, 1942.

³³ Se recordará que el mismo Bernal afirma en su *Historia* haberse decidido a escribirla por deshacer los errores y mentiras de otros, sobre todo de Gómara.

su historia hay errores originados de la poca exactitud de los primeros informes. La traducción de esta obra al toscano, impresa en Venecia en 1599, tiene tantas erratas, que no puede leerse sin enfado” (T. I, pp. 32-33).

Si algún pero se le puede poner a esta crítica, es el de ser incompleta. Porque todo lo que dice es cierto: la vastísima cultura de Gómara, innegable y muchas veces olvidada por sus detractores; la excelente calidad literaria de su historia; la inexactitud de su información, y la razón de ella; todo es exacto. Pero no señala Clavijero el aspecto más discutido de Gómara, a saber: su apasionamiento por Cortés. Creo, sin embargo, que esto puede aclararse por una nota que hay al pie de la misma página en que se trata a Gómara, y que dice:

“En la colección de los primeros historiadores de la América hecha por el señor Barcia e impresa en Madrid en 1749, se halla la historia de Gómara, pero faltan en ella algunas expresiones de este autor en orden al carácter del conquistador Cortés”.

Así es en efecto, y las expresiones suprimidas son precisamente las más desfavorables al capitán español, por lo cual se debieron considerar injuriosas a su memoria. Lo que me importa hacer notar es que Clavijero se cuidó muy bien de explicar esto en una nota, lo cual permite suponer legítimamente que atribuía a esas “expresiones” una gran importancia. Ahora bien, todos los que niegan a Gómara autoridad alguna por su parcialidad en favor de Cortés resbalan por este análisis —en muchos rasgos nada favorable— que hace de su carácter. Porque para quien lo lea con atención se presentará reducida en gran parte esa famosa “parcialidad”³⁴. Por eso es muy probable que Clavijero, que sin duda percibió esto claramente, no considerase necesario hacer una indicación que se ha convertido en proverbial, y que es, en gran medida, infundada.

Pero el punto donde mejor muestra Clavijero cuán sano y justo era su juicio histórico es el debatidísimo de Fray Bartolomé de las Casas:

“Bartolomé de las Casas, famoso dominico español, primer obispo de Chiapas y muy benemérito de los indios. Los terribles escritos presentados por este venerable prelado a los reyes Carlos V y Felipe II en favor de los

³⁴ No quiero decir con esto que Gómara sea imparcial. Sin duda se inclina favorablemente al conquistador; pero no tanto como para invalidar totalmente su testimonio, según pretenden muchos. El análisis completo —y a mi juicio definitivo— de la cuestión, se encuentra en la citada obra de Ramón Iglesia.

HISTORIADORES MEXICANOS DEL SIGLO XVIII

indios y contra los españoles conquistadores, impresos en Sevilla y después traducidos y reimpresos a competencia, en odio a los españoles, en varias lenguas de Europa, contienen algunos puntos de la Historia antigua de los mexicanos; pero tan alterados y exagerados, que no puedo descansar sobre la fe del autor, aunque por otra parte muy respetable. El demasiado fuego de su celo difundió luz con humo, esto es, lo verdadero mezclado con lo falso, no porque de intento solicitase engañar a su rey y a todo el mundo, pues que sospechar de él tanta maldad, sería hacer injuria a su virtud, reconocida y respetada aún por sus enemigos, sino porque no habiendo presenciado lo que refiere de México, se fió demasiado de los informes de otros, lo que haré ver en algunos lugares de esta historia”. (T. I, pp. 38-39).

Las Casas es el caso más típico del hombre que dice falsedades sin mentir. Y conste que no se trata de hacer paradojas más o menos sorprendentes: ese es, condensado en pocas palabras, el juicio más comúnmente aceptado sobre Las Casas. Porque, prescindiendo de los que hacen de la historia de México —de la polémica entre indigenismo e hispanismo— una batalla política, no existe —a lo menos que yo sepa— ningún historiador que no convenga por un lado, en la grandeza de alma del famoso obispo de Chiapas, y por otro, en las “terribles” —para usar el adjetivo de Clavijero— exageraciones y falsedades que contienen sus escritos, los cuales tuvieron sin duda la inmensa virtud de mejorar considerablemente la condición del indio; pero a la vez, por desgracia, constituyeron la más decisiva aportación a la tristemente famosa “leyenda negra” sobre España.

No es este, sin embargo, el único mérito de Clavijero en lo que a este punto se refiere. Hay algo de importancia mucho más general y que revela una penetración agudísima, y es lo siguiente:

“Al referir los acontecimientos de la conquista que hicieron los españoles, me aparto igualmente del panegírico de Solís que de la invectiva del ilustrísimo señor de las Casas, porque no quiero adular a mis nacionales ni tampoco calumniarlo”. (T. I, pp. 27-28).

Y añade en una nota:

“No pretendo hacer creer adulator a Solís ni calumniador al Ilmo. Casas, sino solamente quiero decir que lo que escribe Solís, movido del deseo de engrandecer a su héroe, y el Ilmo. de las Casas arrebatado del piadoso celo en favor de los indios, yo no podría escribirlo sin adular o calumniar”.

A mi entender, bastaría este párrafo, que hoy nos parece tan inofensivo, para dar un lugar importantísimo a Clavijero en la historiografía de México. Porque hay en él la afirmación de un relativismo histórico en forma que no deja lugar a dudas. En efecto, Clavijero viene a decir que lo que un hombre puede hacer con entera honradez, condicionado por una determinada circunstancia, no podría hacerlo otro, cuya circunstancia es distinta sin incurrir en grave falta de inhonestidad. Insisto sobre un aspecto que me parece digno de la mejor atención, y es que si Clavijero se refiriese a circunstancias que dependen estrictamente y de un modo claro de la época, como en el citado caso de Gómara, a quien disculpa sus errores por “la inexactitud de los primeros informes”, el párrafo citado tendría menos importancia; pero la cuestión, aunque parecida, es distinta: se trata aquí de que Solís y Las Casas falsearon la verdad y no por razón de imposibilidad histórica para hallarla, esto es, no porque algo independiente de sus voluntades se lo impidiese, sino por motivos personales, *dependientes de ellos* y de nadie más. Por lo tanto, lo común, y sobre todo en el tiempo de Clavijero, hubiera sido hacerlos responsables de sus falsedades, apoyándose en que *sólo hay una verdad*. Pero nuestro historiador tuvo la intuición genial de que, históricamente hablando, *hay muchas verdades*, tantas como circunstancias históricas. Esto es, volviendo al caso concreto: la verdad de Las Casas en el siglo XVI, es distinta a la verdad de Clavijero en el XVIII.

En nuestros días y en nuestro medio en que el historicismo —sobre todo el de Dilthey— se ha popularizado extraordinariamente, la idea de la historicidad de la verdad casi se nos aparece añeja. Ha producido en unos pocos años tantos fenómenos —el más importante, la crisis general del pensamiento, que virtualmente se ha quedado sin verdad— que, si bien es joven en el tiempo, se nos figura viejísima por sus efectos. Y esto puede desvirtuar la novedad que representa esta idea en el siglo XVIII. Es preciso agudizar la conciencia histórica y percatarse de que entonces era el racionalismo de la Ilustración lo que privaba en occidente, y que la afirmación de Clavijero equivalía a dar un lugar a lo irracional que todos le negaban porque era opuesto al espíritu general de la época. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que el siglo XVIII nos ha dado muchas sorpresas y probablemente nos reserva aún más. Y esto proviene del error de haber considerado que el espíritu del siglo, en lo más importante que ha dado, está representado por los “filósofos” de Inglaterra, Alemania y, sobre todo, Francia. Afirmar semejante cosa no es más que una parte de la verdad, porque España y México produjeron valores espirituales que desde luego están en contradicción con lo que suele llamarse la corriente del siglo,

HISTORIADORES MEXICANOS DEL SIGLO XVIII

pero que han tenido muchísima más importancia cultural en el decurso del tiempo que ese racionalismo cerrado, el cual no fue sino un callejón sin salida. Desgraciadamente, muchos de nuestros historiadores persisten en investigar nuestra cultura dieciochesca en función principalmente de la francesa y poniéndola siempre como punto de referencia. Así se habla mucho de su influencia en nuestros pueblos, lo cual ofusca la vista e impide fijarla en lo que hay de aportación original, que es mucho, porque el caso de Clavijero, con ser importantísimo, no es el único, y ya se ha mostrado bien claramente que en la estética y en el arte, es la nuestra la aportación más original y más fructífera ³⁵. Yo creo, pues, que debemos ver a nuestro siglo XVIII con todas sus características peculiares, valorándolas en sí mismas y no por la relación más o menos directa que puedan tener con las de otras direcciones culturales. Porque así abandonaremos el error de verlo como una mala copia o una defectuosa asimilación de lo ajeno, y estaremos en situación de juzgar más exactamente ³⁶.

Al darse cuenta de la relatividad de la verdad, Clavijero no se dedicó a elaborar una teoría. Y es natural: la idea era demasiado nueva y los tiempos demasiado impropios para que él comprendiera la enorme trascendencia de su descubrimiento. Pero esto no quiere decir que se haya limitado a constatarla en una nota para olvidarla después; lo cierto es que una de las categorías históricas que más frecuentemente usa Clavijero, aunque sin mencionarla explícitamente, es ésta de la historicidad de la verdad. De un modo u otro la encontraremos en el sustrato de muchos de sus juicios, lo cual presta a la *Historia antigua de México* un enorme valor.

Por el estudio que vengo haciendo de la *Noticia de los escritores de la Historia Antigua de México* se habrá dado cuenta el lector de que Clavijero conoció una extensa bibliografía sobre la materia. Pero, como todos los historia-

³⁵ En efecto, el arte neoclásico, cuya falta de vitalidad es notoria, se ahogó bien pronto a sí mismo. Por el contrario, la pintura de Goya y las ideas estéticas de los españoles Feijóo y Arteaga, y del mexicano Márquez han producido mucho de lo mejor que hay en el arte contemporáneo, y prácticamente siguen vigentes. Todo lo anterior podrá verlo el curioso, perfectamente fundamentado, en el ensayo de Justino Fernández “*Goya contemporáneo*”, publicado en el número 23 de la revista *Filosofía y Letras*, correspondiente a julio-septiembre de 1946.

³⁶ Entiéndase bien que esto no quiere decir que dejemos de considerar las influencias extrañas, por otra parte innegables. Lo que propongo es que se consideren esas influencias en función de nuestra cultura, y no al revés, como suele hacerse.

FRANCISCO JAVIER CLAVIJERO *

dores, debió sufrir la influencia de alguno o algunos autores más intensamente que la de otros. En efecto, así fue, y de un modo decisivo:

*“Sin duda, el más persistente tema crítico es el relativo a la Monarquía Indiana, obra del franciscano Juan de Torquemada. Clavijero abandona en este punto toda consideración y dispara contra él sus más afilados dardos. Es autor “falto de memoria, de crítica y de gusto”, en cuya obra el lodo oculta a las perlas, difícil y pesado de leer, y como remate, al señalar uno de sus errores frecuentes, le acusa, con una dureza e ironía poco cristianas, de “estar agobiado del sueño o distraído con otras ideas” (Disert. II). Sin embargo, Clavijero es, principalmente, un refundidor de los materiales aportados por Torquemada. Esto explica, quizá, que anotara sus defectos con más precisión. Jamás se conocen mejor las limitaciones de una obra que cuando le debemos una buena parte de nuestros conocimientos”*³⁷.

El juicio de Le Riverend puede ser aceptado, aunque con algunas reservas. Porque ya dije antes que hay muchas maneras de decir la verdad, varias de ellas inexactas, y el párrafo precedente corresponde a una de estas últimas. La inexactitud a que me refiero se habría evitado citando completo el juicio general que Clavijero hace de Torquemada en la “Noticia de los escritores de Historia Antigua de México”. Sin duda, Le Riverend no lo reprodujo por razón de la brevedad de su estudio. Ahí va, pues:

“Juan de Torquemada, franciscano español. La Historia de México escrita por él con el título de Monarquía Indiana, impresa en Madrid por el año de 1614 en tres gruesos tomos en folio, y después reimpressa en 1724, es sin duda la más completa, con respecto a las antigüedades mexicanas, de cuantas hasta ahora se han publicado. El autor residió en México desde su juventud hasta su muerte, supo muy bien la lengua mexicana, trató a los mexicanos más de cincuenta años, recogió un gran número de pinturas antiguas, y de excelentes manuscritos, y trabajó en su obra más de veinte años; mas a pesar de su diligencia y tales ventajas, se muestra muchas veces faltar de memoria, de crítica y de buen gusto, y en su historia se describen muchas groseras contradicciones, principalmente en la cronología, algunas relaciones pueriles y una gran copia de erudición superflua, por lo que se necesita de mucha paciencia para leerla. Sin embargo, habiendo en ella cosas muy apre-

³⁷ Julio Le Riverend Brusone. *La Historia antigua de México del Padre Francisco Javier Clavijero*, en *Estudios de Historiografía de la Nueva España*, por Hugo Díaz-Thomé y otros. Con una introducción de Ramón Iglesia. Ed. “El Colegio de México”, 1945. p. 307.

ciables que en vano se buscarían en otros autores, *me vi precisado a hacer de esta historia lo que Virgilio con la de Ennio, buscar las piedras preciosas entre el estiércol*". (T. I, pp. 41-2).

De intento he subrayado aquellos pasajes en que Clavijero explica los méritos de la *Monarquía Indiana*. En realidad ningún autor fue tan alabado por él como Torquemada. Por esta razón creo que las palabras de Le Riverend son inexactas: no basta con decir una parte de la verdad; es preciso decir la toda, porque la verdad a medias suele parecerse a la mentira. Creo que en estudios como éste son indispensables las citas frecuentes, por largas que sean, sin miedo de fatigar al lector, que bien vale la verdad un poco de cansancio. Por otra parte, Le Riverend exagera al decir que "Clavijero abandona en este punto toda consideración". Pienso que no es así, porque el párrafo transcrito muestra bien claramente que tenía un alto concepto de Torquemada, pese a las críticas, las cuales son, además, necesarias. ¿Tendría algún objeto que Clavijero señalase de continuo los defectos de Solís o de Las Casas, cuando ha dicho desde un principio que no merecen crédito? Evidentemente no: hacerlo equivaldría a la reiteración de un juicio que no la necesita, por ser definitivo. Por el contrario, en el caso de Torquemada, se han señalado sumariamente grandes cualidades y grandes defectos; se ha añadido que de su obra se toma mucho material "que en vano se buscaría en otros autores". ¿No es, pues, absolutamente preciso puntualizar a lo largo de la obra ese juicio? ³⁸. Otra cuestión es si las críticas de Clavijero son justas o no, aunque no creo que esto sea problema para cualquiera que haya leído la *Monarquía Indiana*, porque ello las confirma totalmente. Que Torquemada es autor "falto de memoria, de crítica y buen gusto", que "en su historia se descubren muchas groseras contradicciones, principalmente en la cronología, algunas relaciones pueriles y una gran copia de erudición superflua, por lo que se necesita de mucha paciencia para leerla", es algo que salta a la vista, y la prueba es que difícilmente se encontrará autor que no sostenga respecto a él aproximadamente lo mismo que Clavijero. Este, sin embargo, produce la impresión de tener alguna especial antipatía hacia Torquemada, porque su natural apasionado lo hace mordaz, y hasta cáustico, cuando critica. Hay además otra razón que muy agudamente ha señalado Le Riverend: "Clavijero es, principalmente, un

³⁸ Tengo un ejemplo bien próximo: y es que todo cuanto estoy escribiendo con respecto a la conclusión de Le Riverend, sería inútil si desde un principio la hubiese aceptado o negado sin reservas; pero, puesto que la he admitido en parte, me veo en la necesidad de analizarla, a fin de explicar qué es, a mi parecer, lo verdadero y lo falso que hay en ella.

refundidor de los materiales aportados por Torquemada. Esto explica, quizá, que anotara sus defectos con más precisión. Jamás se conocen mejor las limitaciones de una obra que cuando le debemos una buena parte de nuestros conocimientos”.

No es esta una opinión gratuita. Su autor ha estudiado cuidadosamente el tema. Nada mejor, pues, que transcribir sus propias palabras:

“Allí donde Torquemada pone un discurso, también lo incluye Clavijero, sólo que hermo­seado, desbastado. El discurso que los acolhuas dirigen a Xólotl es un buen ejemplo de esto, aunque parece conservar en la Monarquía Indiana su forma más pura. Son múltiples las coincidencias. La descripción de las fiestas celebradas en Tenayuca con ocasión del matrimonio de las hijas de Xólotl es idéntica en ambas obras: duraron sesenta días, hubo tanto espectador que la ciudad no bastó a alojarlos, en los combates de fieras y en las carreras se destacó por su destreza Nopaltzin. Igual relato se halla en ellas respecto de la conjuración contra Xólotl y el episodio de la inundación del jardín en que éste acostumbraba a reposar, y, por la misma causa, según ambos autores, parece frustrarse la venganza del monarca.

*“Algunos comentarios de primera importancia son iguales. Por ejemplo cuando a una atribuyen el origen de las discusiones ocurridas entre los chichimecas al aumento de la población y de la cultura. Acerca de la constitución de la monarquía tlaltelolca coinciden atribuyéndola a la imitación, al par que dan por origen de la tenochca la necesidad de defenderse. Cuando los tenochcas piden a Tezozómoc una de sus hijas para casarla con su rey, la coincidencia se observa hasta en el comentario que les sugieren las expresiones de cortesía y los calificativos que emplean los indígenas. El episodio de la amistad de Maxtlaton y Huitzilihuitl se corresponde en un todo, hasta en la observación de que aquél y Ayaucihuatl, esposa de Huitzilihuitl, debieron ser de diferente madre y, por ello, aunque hermanos, capaces de casarse según las costumbres tepañecas. Ambos señalan la confusión de algunos autores respecto de la muerte de Acolnahuacatl, hijo de Huitzilihuitl”*³⁹.

Como se ve, la dependencia de Clavijero con respecto a Torquemada es indudable. Pero nuevamente tengo que poner un reparo a Le Riverend; no de mucha importancia porque pienso que su error es de exposición y no de criterio. Se trata de lo siguiente:

³⁹ Le Riverend, *op. cit.*, pp. 310-311.

“Cuando surgen diferencias entre ambos, ello se debe a que una opinión de Torquemada sugiere otra a Clavijero”⁴⁰

No siempre. Esto es lo que se le olvidó añadir, y por ello el párrafo transcrito da al lector la impresión de que Clavijero nada aporta a su historia si no es el criterio para refundir, ordenar y exponer lo que ya había dicho Torquemada. Pero la verdad *completa* es que si “las coincidencias son múltiples” no lo son menos las divergencias. El mismo Le Riverend lo reconoce implícitamente, y por eso creo que su error consiste simplemente en no haberlo constatado. En efecto, afirma que “el más persistente tema crítico, es el relativo a la *Monarquía Indiana*”, y más adelante que Clavijero anota sus defectos con precisión: por lo tanto la consecuencia inmediata es que hay divergencias, y en gran profusión.

Visto lo anterior, mis conclusiones al respecto son las siguientes:

a) Clavijero toma de Torquemada gran parte de su material informativo, y lo sigue además en muchos de sus juicios y comentarios.

b) Hay sin embargo entre ambos autores tantas diferencias que muy bien pueden equipararse a las coincidencias.

c) Clavijero es muy superior como historiador a Torquemada. El mérito de este último consiste casi exclusivamente en la enorme cantidad de información acumulada, pues en todo lo demás padece los gravísimos defectos que el mismo Clavijero le señala. Por lo tanto el trabajo de refundir la *Monarquía Indiana* para obtener una obra tan llena de excelencias como la *Historia antigua de México* es prácticamente tan grande y tan meritoria —desde un punto de vista histórico y no erudito— como reunir los materiales por sí mismo.

d) Era natural que Clavijero recurriese a la *Monarquía Indiana*, porque las circunstancias en que se hallaba le impedían el acceso a muchas fuentes de primera mano que estaban en México.

“No hago aquí mención de aquellos autores que escribieron de las antigüedades de Michoacán, de Yucatán, de Guatemala y del Nuevo México, porque aunque en el día muchos crean que estas provincias se comprenden en México, no pertenecían al imperio Mexicano cuya historia escribo. Hago mención de los autores del reino de Colhuacán y de la República de Tlaxcala, porque sus acontecimientos tienen por lo común conexión con los de los mexicanos” (T. I, pp. 45-46).

⁴⁰ *Op. cit.*, p. 311.

Queda, pues, claramente delimitado el campo que abarca la *Historia antigua de México*, esto es, la del imperio mexicano o azteca y las de Colhuacán y Tlaxcala, pero sólo en cuanto están relacionadas con la primera. No pretende Clavijero, por lo tanto, ocuparse de todos los pueblos que ocupaban el extenso territorio de Nueva España antes de llegar los españoles. El intento hubiera sido en verdad desorbitado, y aún lo es, en muchos aspectos, hoy día. Sólo un autor tan inconsciente como Veytia pudo empeñarse en tamaña empresa, obteniendo, claro está, resultados prácticamente nulos, pues aún en el estudio del imperio mexicano, que era sólo una parte de su obra, no alcanzó, con mucho, la información de Clavijero.

Este, por lo demás, adopta desde un principio una posición mucho más juiciosa, que se nota en multitud de detalles. Uno ilustrativo, que nos permite establecer el contraste con Veytia, es el significado de la palabra *Anáhuac*. Mientras que éste afirma que los indígenas llamaban así a las tierras que se extienden entre el Atlántico y el Pacífico, desde Guatemala hasta los confines nórdicos del Continente, Clavijero dice:

“El nombre de Anáhuac que según su etimología se dió al principio a sólo el Valle de México, por estar situadas sus principales poblaciones en la ribera de dos lagos, se extendió después a significar casi todo el espacio de tierra que hoy es conocido con el nombre de Nueva España”. (T. I. p. 57).

Como se ve, Clavijero no atribuye a los primeros pobladores indígenas el conocimiento de tan vastas extensiones; pero afirma que, posteriormente—es decir, al formarse el gran imperio azteca— se aplicó a otras regiones, lo cual, históricamente, es muy lógico, dado que las conquistas de los mexicanos les dieron el conocimiento geográfico de estas tierras.

El principio de la *Historia antigua de México* no presenta caracteres de originalidad. Es el mismo enlace que encontramos en otros autores (véase Veytia), entre la historia sagrada y la de los hombres que poblaron estas regiones:

“La historia de la primitiva población de Anáhuac es tan oscura y está alterada con tantas fábulas (como la de los demás pueblos del mundo) que es imposible atinar con la verdad. Es cierto e indubitable, así por el venerable testimonio de los Libros Santos, como por la constante y universal tradición de aquellos pueblos, que los primeros pobladores de Anáhuac descendían de aquellos pocos hombres que salvó del Diluvio Universal la Providencia, para conservar la especie humana sobre la haz de la tierra. Tampoco puede dudarse que las naciones que antiguamente poblaron aquella

HISTORIADORES MEXICANOS DEL SIGLO XVIII

tierra, pasaron a ella de otros países más septentrionales, en que muchos años o siglos antes se habían establecido sus mayores. En estos dos puntos están acordes los historiadores toltecas, chichimecas, acolhuas, mexicanos y tlaxcaltecas; pero ni sabemos quiénes fueron los primeros pobladores, ni el tiempo en que pasaron, ni los sucesos de su transmigración y de sus primeros establecimientos”. (T. I., pp. 173-174).

Va dicho en otro lugar de este libro que ese origen religioso de los pueblos de América —como de todos los demás— es tema de la época, no imputable, por ende, a ningún historiador en particular. Era aquel un tiempo en que los libros santos constituían la autoridad máxima. A los historiadores católicos no se les ocurrió, pues, ponerlos en tela de juicio. Repárese, además, que al atribuir a los indios un origen divino, común con los demás pueblos de la tierra, se les equiparaba automáticamente a ellos, ya que se les confería la misma dignidad humana. Si los españoles jamás consideraron inferior al indio como tal, es porque se sentían iguales a él ante su Dios, y esta era la igualdad suprema, frente a la cual todas las diferencias que pudiese haber entre conquistadores y conquistados eran caducas, transitorias, temporales, al par que la igualdad era *eterna*. Tal vez, en el caso concreto de Clavijero, uno de cuyos más caros objetivos fué la dignificación del indio, haya influido esto directamente para hacerle ver en las historias de los antiguos mexicanos la confirmación de ese origen divino afirmado por las Escrituras. No tendría nada de extraño que así fuera, y por otra parte, se trataba de un excelente medio para obtener lo que Clavijero se proponía: porque no hay verdadero cristiano racista, y sólo en nuestros días, un ateísmo esencial⁴¹ con pretensiones cristianas, ha producido un criminal desprecio al indio —por el sólo hecho de serlo— y, a la vez, una cínica negación del verdadero espíritu de Cristo. Esto, desgraciadamente, lo hay en todas partes, y no son los indios las únicas víctimas.

Por lo que respecta al problema de cómo y cuándo llegaron a América sus primeros pobladores, es digno de especial mención que fué Clavijero el primero en estudiarlo sobre bases científicas, pues aunque las ideas religiosas ejercieron en él gran influencia, no por eso dejó de aportar todo su enorme talento para la solución racional de la cuestión. Por eso, en la Disertación II que es la que dedica a tratar el tema, encontramos una cu-

⁴¹ Claro está que el ateísmo no implica racismo: De hecho, muchos de los más ardientes defensores del indio en nuestros días son ateos. Me refiero, pues, a los que, con una hipocresía incalificable disfrazan sus crímenes contra el hombre proclamando que siguen a aquel que dijo: “Ama a tu prójimo como a ti mismo”.

riosa combinación de razones científicas y afirmaciones religiosas, según puede verse en el ejemplo que sigue:

“Yo ciertamente no dudo que la población de la América sea antiquísima y mucho más de lo que parece a los autores europeos: 1º—Porque a los americanos faltaban ciertas artes e invenciones, como por ejemplo, la de servirse de la cera o aceite para alumbrarse, las cuales siendo por una parte antiquísimas en la Asia y la Europa, son por otra parte utilísimas, por no decir necesarias, y una vez aprendidas, no se dejan jamás. 2º—Porque las naciones cultas del Nuevo Mundo, y particularmente la del reino de México, conservaban en sus tradiciones y en sus pinturas la memoria de la creación del mundo, del diluvio, de la construcción de la torre de Babel, de la confusión de las lenguas y de la dispersión de las gentes, como hemos dicho en la Historia y testifican los autores arriba dichos, aunque alterada con algunas fábulas, y no tenían ninguna noticia de los sucesos acaecidos después en Asia, Africa ni Europa, sin embargo de que muchos de ellos fuesen tan grandes y tan notables, que no podían fácilmente borrarse de su memoria. 3º—Porque ni entre los americanos había noticia alguna de los pueblos del antiguo continente, ni entre éstos se ha encontrado vestigio alguno del tránsito hecho por aquellas naciones al Nuevo Mundo. Estas razones hacen, cuando no cierta, sí muy verosímil nuestra opinión”. (T. IV, pp. 21-22).

Resulta imposible analizar lo mucho de excelente que hay en esta disertación. Baste el párrafo transcrito para que el lector se de cuenta de que, si bien la influencia religiosa es grande, no lo es tanto como para impedir que el espíritu científico de Clavijero actúe en forma notable. La prueba más concluyente de que es así la constituye el hecho de que; aun siendo la primera vez que se afrontaba el problema en forma seria, fundándose en poquísimos datos ⁴² se hayan obtenido conclusiones que aún hoy siguen en pie, esto es, que los primeros pobladores del Nuevo Mundo procedían de Asia, y pasaron por el Norte y por tierras desaparecidas cerca de Brasil.

Otro de los temas del tiempo que Clavijero acepta también es el de los gigantes. No me ocupo de ello aquí porque va estudiado en este mismo volumen al tratar de Mariano Veytia.

Pero no se piense que Clavijero es un historiador crédulo; por el contrario, su aguda crítica es patente en toda su obra. Es más, niega con frecuencia cosas que todos los demás autores aceptaban tradicionalmente, desde el siglo XVI. El hecho de que al principio de su historia defiera a las

⁴² La arqueología, en efecto, nada había aportado aún.

HISTORIADORES MEXICANOS DEL SIGLO XVIII

opiniones comunes del tiempo es algo que no invalida esta afirmación. Porque para cualquiera que esté avezado en la lectura de los historiadores del pasado, no constituirá Clavijero una excepción en lo relativo a estas explicaciones ahistóricas. En efecto, es ley universal, tanto en la historia como en cualquier otra ciencia, que cuando el investigador carece de datos, explique los fenómenos en forma más o menos gratuita, con las ideas más caras al tiempo. A esto no escapan ni los más positivistas. Para que se vea claro cómo en Clavijero coexisten el espíritu científico y las “explicaciones” religiosas, ahí van algunos ejemplos de crítica:

“Los buenos historiadores del siglo XVI y los que después los han copiado, suponen como indubitable el trato continuo y familiar del demonio con todas las naciones idólatras del Nuevo Mundo, y apenas refieren suceso alguno en que no le hagan entrar como autor principal. Pero aunque es cierto que la malignidad de esos espíritus se esfuerza a hacer cuanto mal puede a los hombres, y que algunas veces se les han representado en forma visible para seducirlos, especialmente a aquellos que aún no han entrado por la regeneración en el gremio de la Iglesia, pero ni es creíble que esas representaciones fuesen tan frecuentes, ni su comercio tan franco con aquellas naciones, como suponen los historiadores; porque Dios, que vela con amorosa providencia sobre sus criaturas, no permite a aquellos capitales enemigos del género humano, tanta libertad para dañar. Por tanto no extrañen los lectores que hubieren leído algunos sucesos de esta Historia en otros autores, que no me conforme en este punto con su credulidad. No debo creer que intervino el demonio en algún suceso por el testimonio de algunos historiadores mexicanos, a quienes las ideas supersticiosas de que estaba poseído su espíritu, o la superchería de los sacerdotes, que es común en las naciones idólatras, pudo fácilmente inducir a error”. (T. I, p. 220).

Naturalmente, la fe de Clavijero no le permite usar de otros argumentos más decisivos para reducir al mínimo esa constante intervención de lo sobrenatural en la historia. Veamos otro ejemplo:

“Varios escritores de aquel reino han tenido por cierto que algunos siglos antes de la llegada de los españoles se había ya predicado el Evangelio en la América. Los motivos que tuvieron para esta creencia fueron varias cruces que en diversos tiempos y lugares se hallaron, que parecen labradas antes de los españoles. El ayuno de 40 días que observaban varios pueblos de aquel Nuevo Mundo, los vaticinios que tenían del futuro arribo de gente extraña y barbada y las huellas humanas estampadas en algunas pie-

dras que se creen ser del Apóstol Sto. Tomás. Yo no he podido jamás asentir a estos autores; pero el examen de sus fundamentos, especialmente en lo que mira a las cruces, exigí otra obra muy diversa de la que ahora escribimos”. (T. I, pp. 75-76-77).

Y añade en una nota:

“Así como se hallaron huellas humanas estampadas o por mejor decir, esculpidas en piedras, se hallaron también huellas de animales, sin poderse averiguar el fin que tuvieron los que se tomaron el trabajo de esculpir las. En el camino de Valladolid de Michuacán para la Nueva Galicia, hay a una y otra parte del camino dos grandes peñascos, en cuya cima se ven esculpidas, según oí decir, unas huellas que parecen de pies de aves grandes. El vulgo cree que són vestigios que dejó impresos el demonio saltando de un peñasco a otro; y así llaman a aquel lugar el salto del diablo. No de otra suerte piensa el vulgo que aquellas otras huellas son de Sto. Tomás, solamente porque ignora su origen”.

Clavijero está, pues, bien prevenido contra la credulidad de la ignorancia. Ciertamente que en los comienzos de su *Historia* hace afirmaciones que sólo tienen como base una creencia; pero esa creencia es obligada por su religión: allí está la para él indiscutible autoridad de las Escrituras. En cambio, en lo relativo a Quetzalcoatl, por muy inexplicables que sean los hechos, no existe texto religioso alguno que le haga creer en que se trataba de Sto. Tomás, y por eso, su espíritu científico, actuando libremente, no acepta esa explicación.

La obra de Clavijero entra de lleno en la corriente historiográfica indigenista. Nadie como él sintió al indio en toda su autenticidad humana, porque no sólo amó en él las cualidades, sino que también lo amó por sus defectos. Pero el indigenismo de Clavijero adquiere en nuestros días una significación enorme. Es algo mucho más grande, más comprensivo, más generador que el ansia de ayudar al oprimido. En nuestros días suele considerarse el término *indigenismo* en un sentido polémico: por oposición al *hispanismo*. Se ha dicho muchas veces, y es cierto, que cada una de estas dos tendencias, en sí misma, es infecunda. Y no porque representen en cierto modo la negación de la fraternidad humana, o por cualquier otro motivo de índole moral; la razón de ello no depende de la voluntad de nadie: es algo

HISTORIADORES MEXICANOS DEL SIGLO XVIII

que se impone con la fuerza de los hechos. Se trata en efecto de la realidad misma de México: un país en el que coexisten el español, el indio y el mestizo, con todas las implicaciones culturales que esto tiene. Este hecho indudable basta para demostrar bien claramente que la única corriente fecunda entre las tres posibles es la que preconiza el mestizaje; las otras dos son evidentemente parciales, mientras que ésta las reúne y las completa. Por otra parte, la historia nos muestra que el choque entre dos culturas nada significa si se queda en eso, en choque. Pero cuando esas culturas se integran, forman algo nuevo, inédito, creador de la historia. Quizá la grandeza de Clavijero radica en haber tenido la insólita clarividencia de ver esto en un siglo y en las circunstancias propias para cegar la vista más aguda. El, el desterrado, el que por orden de un rey absoluto que gobierna México sin derecho a ello, es expulsado de su patria y sufre todas las penalidades del destierro; el que vió a los indios, a sus queridos indios, sometidos al conquistador español; él, es también hispanista. El momento histórico que vive no le nubla la vista: ve mucho más allá, al porvenir. Y en su obra ese porvenir está trazado con la firmeza que sólo posee la verdad.

Después de leer los dos primeros volúmenes de la *Historia antigua de México* preñados de acendrado indigenismo, sorprende encontrar en el tercero una comprensión en verdad extraordinaria para los conquistadores españoles. Habitados como estamos a que el indigenista sólo encuentre sordidez en la conquista, y a que el hispanista vea sólo valores negativos en el México prehispánico, no podemos menos de dar un altísimo valor al hombre que, hace casi dos siglos, encontró lo bueno en ambas partes y trabajó por su integración. Ya al hablar de Cortés, el personaje discutido por excelencia, aparece esta amplitud de criterio:

“Era hombre de buen entendimiento, de singular valor y destreza en todo género de armas, de genio fecundo en arbitrios para llevar al cabo sus ideas, de una rara habilidad para hacerse obedecer y respetar aún de sus iguales. Era magnánimo en sus designios y acciones, cauto en su conducta, constante en sus empresas, medido en sus palabras y sufrido en las adversidades. Su celo de la religión no era inferior a la inviolable fidelidad que guardó a su soberano; pero el esplendor de estas y otras buenas cualidades que lo elevaron a la clase de los héroes, se amortiguó con algunas acciones indignas de la grandeza de su alma. Su amor desordenado al bello sexo lo empeñó en varias ilícitas alianzas y le ocasionó en su juventud gravísimas desazones; su empeño u obstinación en llevar adelante sus empresas, y el temor de no menoscabar su fortuna, le hicieron faltar algunas veces a la gratitud y a la humanidad. Mas, ¿qué conquistador formado en la escuela

del mundo ha poseído jamás el heroísmo sin graves defectos? Era Cortés de buena estatura, de cuerpo bien proporcionado, ágil y robusto, de pecho levantado, de barba negra y rala y de ojos halagüeños. Tal es el retrato que nos hacen del famoso conquistador de México los primeros historiadores que le conocieron". (T. III, p. 12).

Los capitanes de Cortés son también juzgados con entera severidad:

"Alvarado era un mozo bien hecho y muy ágil, rubio, agraciado, popular, alegre y amigo de galas y de pasatiempos, codicioso del oro que necesitaba para ostentar grandeza y, según lo pintan algunos historiadores, poco escrupuloso en los medios de adquirirlo; inhumano y violento en algunas de sus conquistas. Olid era membrudo, de voz muy gruesa y de genio sombrío y doblado. Uno y otro sirvieron bien a Cortés en la guerra de México; pero ambos le fueron después ingratos y ambos tuvieron un fin trágico: Alvarado murió despeñado de un caballo en la Nueva Galicia, y Olid degollado en la plaza de Naco en Honduras". (T. III, p. 13).

Basten los ejemplos transcritos por lo que se refiere a los españoles. Veamos ahora los juicios acerca de los indios:

"...no reconozco en mí cosa alguna que pueda preocuparme en favor o en contra de ellos. Ni la razón de compatriota inclina mi discernimiento en su favor, ni el amor de mi nación o el celo del honor de mis nacionales me empeña a condenarlos; y así diré franca y sinceramente lo bueno y lo malo que en ellos he reconocido. Son los mexicanos de estatura regular, de la cual se desvían más frecuentemente por exceso que por defecto; de buenas carnes y de una justa proporción en todos sus miembros; de frente angosta, de ojos negros y de una dentadura igual, firme, blanca y tersa; sus cabellos tupidos, gruesos y lisos; de poca barba y rala y de ningún pelo (por lo común) en aquellas partes del cuerpo que no recata el pudor. El color de su piel es ordinariamente castaño claro. No creo que se hallará nación alguna en que sean más raros los contrahechos. Un mexicano corcovado, un estevado, un bizco, se puede mirar como un fenómeno. Su color, su poca barba y sus gruesos cabellos, se equilibran de tal suerte con la regularidad y proporción de sus miembros, que tienen un justo medio entre la hermosura y la deformidad; su semblante ni atrae ni ofende; pero en las jóvenes del otro sexo se ven muchas blancas y de singular belleza, a la cual dan mayor realce la dulzura de su voz, la suavidad de su genio y la natural modestia de su semblante". (T. I, p. 167).

HISTORIADORES MEXICANOS DEL SIGLO XVIII

“Son y han sido siempre muy sobrios en la comida; pero es vehemente su inclinación a los licores espirituosos. En otro tiempo la severidad de las leyes los contenía en su beber; hoy la abundancia de semejantes licores y la impunidad de la embriaguez los han puesto en tal estado, que la mitad de la nación no acaba el día en su juicio; y esta es sin duda la principal causa del estrago que hacen en ellos las enfermedades epidémicas; a lo cual se allega la miseria en que viven, más expuestos que otro alguno a recibir las malignas impresiones, y una vez recibidas, más destituidos de los medios para corregirlas. Sus almas son en lo radical como las de los demás hombres, y están dotados de las mismas facultades. Jamás han hecho menos honor a su razón los europeos, que cuando dudaron de la racionalidad de los americanos. La policía que vieron los españoles en México, muy superior a la que hallaron los fenicios y cartagineses en nuestra España, y los romanos en las Galias y en la Gran Bretaña, debía bastar para que jamás se excitare semejante duda en un entendimiento humano, si no hubieran contribuido a promoverla ciertos intereses injuriosos a la humanidad. Sus entendimientos son capaces de todas las ciencias, como lo ha demostrado la experiencia”. (T. I, pp. 167-168).

“Muchos concediendo a los mexicanos una grande habilidad para la imitación, se la niegan para la invención. Error vulgar que se ve desmentido por la historia antigua de la nación. Su voluntad es sensible a las pasiones, pero éstas no obran en sus almas con aquel ímpetu y furor que, en otras. No se ven regularmente en los mexicanos aquellos transportes de ira, ni aquellos frenesíes del amor que son tan frecuentes en otras naciones...”. “Son muy sufridos en las injurias y trabajos, y muy agradecidos a cualquier beneficio, cuando la continua experiencia de tantos males no les hace temer algún daño de la mano benéfica. Pero algunos poco reflexivos, confundiendo el sufrimiento con la indolencia y la desconfianza con la ingratitud, dicen ya como por proverbio, que el indio ni siente agravio ni agradece beneficio. Esta habitual desconfianza en que viven, los induce frecuentemente a la mendacidad y a la perfidia, y generalmente hablando, la buena fe no ha tenido entre ellos toda la estimación que debiera. Son por su naturaleza serios, taciturnos y severos, y más celosos del castigo de los delitos, que del premio de las virtudes. El desinterés y la liberalidad son de los principales atributos de su carácter. El oro no tiene para ellos todos los atractivos que tiene para otros. Dan sin dificultad lo que adquieren con sumo trabajo. Su desinterés y su poco amor a los españoles les hace rehusar el trabajo a que éstos los obligan, y ésta es la decantada pereza de los americanos. Sin

embargo, no hay gente en aquel reino que trabaje más ni cuyo trabajo sea más útil y más necesario”. (T. I, pp. 168-170).

“Por lo demás no puede dudarse que los mexicanos presentes no son en todo semejantes a los antiguos, como no son semejantes los griegos modernos a los que existieron en tiempos de Platón y de Pericles. La constitución política y religión de un Estado, tiene demasiado influjo en los ánimos de una nación. En las almas de los antiguos mexicanos había más fuego, y hacían mayor impresión las ideas de honor. Eran más intrépidos, más ágiles, más industriosos y más activos, pero más supersticiosos y más inhumanos”. (T. I, pp. 171-172).

Sin duda esto último era tema de preocupación para Clavijero, porque también dice de los indios que “se avanzan con intrepidez a todos los peligros que les amenazan de parte de las causas naturales; pero basta a intimidarlos el ceño de un español”. (T. I, p. 170).

A mi modo de ver, estas páginas bastan por sí solas para fundar la gloria de un hombre. Hay en ellas tal penetración que, en ocasiones parecen redactadas por un psicólogo contemporáneo. Clavijero comprendió muy bien el problema del indio; ahí está, para quien lo dude, señalado en sus rasgos fundamentales: sometimiento secular al pueblo conquistador, pobreza, y todas las consecuencias de ello: pusilanimidad, pereza, desconfianza, etc. Pero él tenía fe en el indio, y no en forma más o menos gratuita, sino fundándose en algo que sólo él supo ver en su tiempo y que hoy sabemos cierto: que el sujeto de la historia es histórico; que no sólo cambian las circunstancias, sino que, con ellas, cambia también el hombre. Bien claro está esto en el párrafo final de los que he citado. Por todo ello Clavijero jamás condenó al indio como lo hizo una superficialidad criminal, ni tampoco lo defendió buscando para él atenuantes, como se hace con un reo de cuya culpabilidad se está convencido. El señaló, como promete, cualidades y defectos, a sabiendas de que el indígena tenía un aliado poderoso —acaso el más poderoso— para forjar la patria mexicana: el tiempo. Sí, el historiador Clavijero sabía de las mudanzas que el tiempo trae para los hombres; sabía más: que el tiempo histórico, humano, es cambio. De ahí que para él la historia no haya sido fuente de erudición, de saber pegadizo; ni tampoco un instrumento para destruir las barbaridades de Paw y secuaces: éstos, a pesar de todo, eran objetos secundarios, porque él la veía como fuente de enseñanza viva, como revelación del secreto del porvenir de su patria. No se crea que buscó el ejemplo, en el sentido de Tito Livio y de otros historiadores; no le preocupaban las normas morales o de otra índole; sino reali-

dades, hechos que pudieran servir de base para una planificación racional del futuro de México. Quienes en la actualidad tienen este noble propósito —y afortunadamente son muchos de los mejores— hallarán en Clavijero al primero y más ilustre de sus predecesores.

“No hay duda de que hubiera sido más acertada la política de los españoles si en vez de llevar mujeres de Europa y esclavos de la Africa, se hubieran enlazado con las mismas casas americanas, hasta hacer de todas una sola e individua nación. Haría aquí una demostración de las incomparables ventajas que de semejante alianza hubieran resultado al reino de México y a toda la monarquía, y de los daños que de lo contrario se han originado, si el carácter de esta obra me lo permitiera”. (T. II, pp. 225-226).

Creo superfluo el comentario. Sólo cabe decir que es Clavijero la primera gran conciencia americana y el mayor historiador de cuantos ha dado esta tierra que tanto amó y que hoy le rinde el mejor homenaje formando la nueva patria como él la soñó.



CARTAS DE CLAVIJERO

Tomadas de las que publicó el Sr. Jesús Romero Flores en el tomo I de los *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia*. México, 1945.



Mex^{co} y Abril 23 de 1748.

Mi am^{mo} H. Francisco Xavier Clavijero.

PX

Mucho se ha dejado, mi am^{mo} H. apoderar de la melancolía, y de las astucias del Demonio, a que lo veo tan sugeto, y rendido: y aun por esso se le rinde y sugeta, porque no conoce, que es el Demonio el que le persigue, y tira con todos sus poderíos a que pierda el incomparable bien de la vocación religiosa, y con ella la salvación eterna: pero D^s que tan claramente, y tan repetidas vezes le inspiro la entrada a la Religión quiere que enella se salve, y no sabemos, si querra esso mismo si volviendole mi H^o con desacato, y descortesia las espaldas a su Magestad sigue las sugestiones del enemigo comun y no las divinas inspiraciones. Todas las cosas a los principios se hazen dificultosas, y si a mi amantissimo se le haze insoportable la vida de la religión. es porque esta a los principios, y porque la toma con tedio, y no procura vencerse. Venzase, y aun hagase violencia, porque el Reino de los Cielos padece violencia, y los que se le hazen son los que entran en el, como nos lo dice Christo. No ha mucho que a otro saco el Demonio de la Religión por tristezas semejantes a las suyas, pensando hallar gusto en el siglo: y lo experimenta tan al contrario, que esta pretendiendo con muchas ansias volver, pero no volvera, por diligencias que haga. No se dege, mi am^{mo}, dominar de la tentación; resuélvase a que esto ha de ser, que esto le conviene que lo que mucho vale mucho cuesta, proceda con mucha claridad manifestando al P^a Espiritual toda su conciencia, determinesse a que ha de estar hai sin hablar palabra sobre estos seis meses; haciendole a D^s este obsequio, y al cabo de esos vera las cosas con distinto color. A bien que yo he ir a la visita, y entre tanto no me habla mas palabra, sino vivir mui obediente y mui ajustado a la obediencia. Encomiendeme a Nro S^r, a quien pido me g^{fe} a mi am^{mo} m^s a^s. México, y Abril 23 de 1748.

Provincial S^{vo} de mi am^{mo} Jhs.

Andres Xav^r Garcia.

Al reverso: A mi H^o Fran^{co} Xavier Clavijero de la Comp^a de Jhs.
Tepotzotlan.

P. Prov^l.

HISTORIADORES MEXICANOS DEL SIGLO XVIII

Mi am^{mo} p^e Fran^{co} Xavier Clavigero.

PXU

Son ya tantas las quejas, que tengo de su falta de aplicación devida a los ministerios, de su desamor y desafecto a los indios, de su voluntarioso modo de proceder como de quien ha sacudido enteramente el yugo de la obediencia, respondiendo con un *no quiero* a lo que se le encarga como ayer sucedió, o por lo menos esa respuesta se le dió al Superior: que a la verdad no se que camino tomar para q^e V. R^a se componga, y contenga en su deber. Mudanza de lugar es poco remedio, y ninguna satisfacción a la vida, y exemplo que V. R. ha dado, abstrayéndose casi todo del único de los que viven en esse Colegio, y entregándose a otros cuidados, y estudios, q^e le embargan y hase dessabrido el trato con essa gente.

Pero lo que yo no alcanzo espero que me sugiera VR^a, a quien pregunto: *Quid, tibi vis falian*. Por que asseguro a VR^a, que me ha dado mui malos ratos aca en mi interior y que apenas se me ofrece cosa de mas cuidado, que VR^a, que esá calificado por punto menos que incorregible, y creo no sin razón, siendo cierto lo que se dize.

Sin embargo pienso más benignamente, y que con esse aviso nacido unicamente del deseo del bien de VR^a. no dará ocasión mas adelante, para que yo no me contriste tan gravemente como ahora me ha sucedido. Nro. Sr g^{de} m^{os} a VR^a.—Professa y Abril 23 de 1761.

Mui af. S^{ro} de Vr.

Jhs
Pedro Reales.

Nota del editor:

(“En un papel que sirvió de sobre a una carta dirigida al P. Clavigero hay el siguiente borrador de una carta que él dirige a una mujer, a’ la causante de una acusación que le hicieron de haber intervenido en un matrimonio, según se adivina por el contexto”).

Después de haber puesto en práctica quantos arbitrios me ha sugerido la prudencia, la caridad y el zelo de mi buen nombre a fin de desvanecer la desonra que su P. tio de V. han concebido contra mi, y de darles la mayor satisfacción que puede pedirse, apelo por ultimo recurso a V. persua-

dido a que al amor de la verdad y de la paz le obligará a justificarme, y a dissipar tantas aprehensiones y disgustos. Es el caso que habiendome destinado el P. Prov^l. para este Colegio como deseaba yo para el restablecim^{to}. de mi salud, y la quietud de mi vida, me revocó el destino por una carta que se escribió de su casa de V. en que o por falsos informes, o por aprehensiones, o que se yo por que se me acusa de haver influido en cierto casamiento intentado ahora hace un año. Quedé asombrado de una delación, como creo lo quedará V, tan evidentem^{te}, injusta, que lo contrario consta a cuantas personas andu (sic) a vos, a los de su casa, a mi superior, y a los compañeros, que con alguna familiaridad me trataban. Evidencié mi inocencia al P. Prov^l. y le ofrecí hacerla constar por deposición jurada de varias personas religiosas testigos oculares de cuanto pasó en este negocio. El P. Prov^l. sin embargo de mostrarse satisfecho de mi conducta persistió en negarme el consuelo a que aspiraba; mas por condescender en algo con el P. R.^v. Verdugo que me havia pedido, y con la necesidad de mi salud y descanso me dió licencia para venir aquí por algunos días, intimandome varios ordenes que le parecieron convenientes y no eran necesarios para que mi parte no sirviera de alguna ofensión. Vine persuadido a que mi inocencia se haria luego manifiesta a su P. de V. y a su tio; pero me engañé, porque ni la autoridad y las canas del P. R.^v, apoyadas por la religión del juramento bastaron a satisfacer a su tio de V. despues de suplicarle por escrito y de palabra q^e me diera lugar a hablarle, despues de exponerle sinceram^{te}. en una carta mi inocencia, despues de presentarle certificaciones juradas de varios PP. que deponen la falsedad de la delación, despues de todas esas diligencias no he podido conseguir no solamen^{te} el que satisfaga, pero ni aun el que me oyga. Se negó abiertam^{te}. a verme en el Colegio, como me habia prometido la primera vez que le vi, y me volvió sin respuesta los documentos que le presenté. De suert^e que eñ este negocio no es solam^{te} q^e ha desayrado y atropellado mi respecto sino también el de los PP. Verdugo, Castillo, Peza, Herrera y Silva. Ya se hará V. cargo de quan dolorosos me han sido estos pasos, que he dado no con otro fin que el de la justificación de mi conducta, y el de la satisfacción de esos cavalleros. Aun haria mas si esperara algun fruto; pero no se que impresión maligna les ha obstinado en negarme lo que no se niega al hombre mas vil al mas infame delincente. V. que sabe mejor que ninguno otro, quan opuesto fui siempre a todo casam^{to}. que le consta que el motivo de retirarme de su casa fué el dolor que me causaba el imaginar que eso podría suceder, y que puede dar las mayores pruebas de mi inocencia, hará como espero de su favor, que se manifieste la verdad, se dissipe el error, y se borren tan siniestras impresiones y se acaben los disgustos. Si el motivo de ese sentimiento es el

haberme retirado de su casa haga Vd. ver las causas de mi resolución, que son pruebas irrefragables de la grande estimación y amor que he profesado a V. y a su casa. Si es otro el motivo que se me diga, y se oyga mi descargo. Si exigen de mí que me anticipe a verlos en su casa, lo haré quando gustaren con tal que no haya de sufrir desayres. No dudo que V. practique en este asunto lo que pide la caridad christiana, ni quiero que V. atienda en ello por otro motivo. Espero también que esto se haga con la mayor prontitud posible; porque yo estoy ya de partida y quiero ir con el consuelo de que no dexo enemigos en este lugar.

El editor: (Este borrador no tiene lugar ni fecha, pero se colige que lo hizo el P. Clavigero cuando era maestro en el Colegio de Valladolid).

Guadalajara y Julio 3 de 1766.

Amadisimo P. Provincial Salvador Gándara.—P. C.

Doy al Sr. infinitas gracias de que haya escogido a V. R. para promover la observancia de nuestro Instituto, y restablecer el honor de la Compañía de esta Provincia. Pido a su Majestad felicite y colme de bendiciones el gobierno de V. R. y me libre de agravarle el peso de sus cuidados, la urbanidad y prudencia pedían, que reservase yo para otra ocasión el asunto, sobre que voy a hablar a V. R., pero me veo precisado a tratarlo en esta ocasión así por no multiplicar cartas, y defraudar a V. R. del tiempo, que le es tan necesario, como porque no se agrave el perjuicio con la demora de la Providencia.

Quando el antecesor de V. R. me mandó venir a esta ciudad, con el destino de seguir el curso de Artes, que tenía comenzado el P. Guesa, estuve bastantemente perplejo sobre el partido que debería tomar. Me obligan a venir las expresiones de la carta, que sin darme a conocer el empleo a que era destinado, me significaban deberse temer algún grave inconveniente en la demora del viaje. Me retraía el fatal estado de mi salud, y otros motivos no poco considerables. Habiéndolo encomendado a Dios y consultádolo con persona madura, prudente, y desapasionada, determiné obedecer atropellando con mi salud, y la quietud de mi conciencia, y representando al mismo tiempo parte de los retrayentes, por no poder fiarlos todos a la pluma. Representé hallarme con la sangre ardentísima de que se me originaban algunas lacras molestísimas, y con la cabeza tan quebrantada y débil de resulta del excesivo trabajo del Curso y Cuaresma, que aún la lección de historia siendo un trabajo tan suave se me hacia insufrible. Re-

CARTAS DE CLAVIJERO

presenté en lo expuesto que era este lugar de evacuaciones, enfermedad que tanto me ha molestado, y me ha puesto algunas veces a la muerte.

Vine como Dios fué servido y a los tres días recibí la respuesta del P. Provincial que se reducía a exhortarme en la confianza en Dios y remitiese a su Provincia.—Llevo ya mas de un mes en esta ciudad, y cada día se me agrava la indisposición de cabeza, hasta tal grado, que siendo tan vehemente mi inclinación al estudio, lo he abandonado enteramente y me veo precisado a mantenerme en completa inacción. Estoy reducido a que mis discípulos me lean en la clase los papeles de mi antecesor para imponerme no con poca molestia de su doctrina. El ánimo tengo tan lleno de desazón y amargura, y ocupado de ideas tan funestas, que además de inhabilitarme para todo, temo que o me quiten el juicio, o arruinen mi salud, o me lleven a la última desesperación. Fuera de estos motivos y otros que no me atrevo a escribir, temo prudentemente que en el nuevo gobierno se me han de ofrecer en este Colegio algunos lances, en que mi genio ardiente me precipite a algún exceso.

Pido pues a V. R. por la Sangre de Jesucristo, que mire por mi bien con entrañas paternas, y me restituya a mi rincón de Valladolid, en donde unicamente he logrado alivio a mis males, en donde unicamente he conseguido la paz y quietud de mi espíritu, que necesito para atender el negocio de mi salvación, y en donde por la misericordia de Dios he vivido sin ofensa de los nuestros ni de los extraños. Bien conozco que este modo de proponer es muy ajeno de aquella santa indiferencia que pide N. P. S. Ignacio a sus hijos; pero también sé que si el Santo viviera en el mundo no se ofendería de que con afecto y confianza de hijo le pidiera yo el consuelo de mi espíritu entre tantas tribulaciones y después de tan duros golpes como he sufrido. Confío en Dios que jamás se arrepentirá V. R. de condescender a estas súplicas que dirijo a V. R. con poco menos confianza que lo haría nuestro Santo Padre.—Nuestro Señor guarde a V. R. muchos años y le dé mucha gracia para llevar la pesada carga que ha puesto sobre sus hombros. Guadalajara y junio 3 de 766.—Súbdito y siervo de V. R.

Xavier Mariano Clavigero.

Advierto a V. R. que no hará fuerza en la ciudad la mudanza que solicito; porque desde que vine no he dejado de quejarme de mis indisposiciones, y siempre he dicho que verisimilmente dejaría el empleo en el nuevo Gobierno. En lo demás de la Provincia los que no creyeren mi indisposición,

H. M.—5

HISTORIADORES MEXICANOS DEL SIGLO XVIII

ya saben mi gran^e repugnancia a este empleo. Se persuadirán a que me es insufrible el verme condenado a remendar un curso que propuse ahora hace nueve años, y que precisamente me ha de causar rubor el enseñar Filosofía al mismo tiempo, y en el mismo Colegio, en que leen Teología dos sujetos mucho más modernos que yo. Protesto a V. R. y aun si fuere necesario, lo haré con juramento que no es ese el motivo de proponer la ocupación, sino los arriba expresados. Todos saben que en el tiempo, que he vivido en la religión, siempre he aspirado a una vida oscura y que el mayor beneficio que me pueden hacer mis superiores es el de enviarme de operario a mi rincón quieto y sosegado en donde no vuelvan a acordarse de mi para nada. Acaso algunos tendrán esto por extravagancia, pero poco importa que los hombres la califiquen de tal con tal que no lo sea delante de Dios.

Mi P. Mro. Fran^{co}. Xavier Clavigero.

P. C. Vr^a.

Recibí la de Vr^a. cuyo quebranto en la salud siento mucho, y sentiría más que prosiguiese de suerte que le imposibilitase la prosecución del curso de artes, que estando tan abansado, solo por imposibilidad phisica y visible a todos podría VR dejar sin descrédito suyo, y sin que se atribuyese a veleydad. Es mal consejero la melancolía que llena a VR^a. de especies funestas, y le hace aprehender desayre y deshonor en aquello mismo de que resulta mucho crédito. No es la primera vez que se hecha mano de un Mro., q ya ha concluydo para, remendar como V. R. dice, o por decir mejor para remediar otro curso, y al P. Reales lo emplearon en acabar el del P. Avilés quatro años después de concluydo el suyo. El assignar a V. R. en circunstancias, que pedian un sujeto de la mayor confianza, no se por donde se pueda glosar a desdoro, o menos aprecio? Solo estando nublado el entendimiento con especies todas tristes discurre tan melancholic^{te}. Cierto que es lastima q los talentos, q D^s. ha dado a V. R^a. no se logran como podian por estas especies. Poco queda p^a. vacac^{es}. y despues de ellas no esta muy distante el fin del curso. Vamos acabando bien, y con credito de la religión y de V. R^{as}. y no se deje avasallar de otros pensam^{tos}. Saludo al P. Dies, y Bolado, y suplico a VR no me olvide con D^s en q nos lo g^{de}. Julio 11 de 66.

Murio el P. Juan Man^l Hierro.



CARTAS DE CLAVIJERO

Su mas aff^m. y H^o.

Jhs.

Fran^{co}. Zevallos.

En el reverso: A mi P. Mtro. Fran^{co}. Xavier Clavigero de la Compañía
de Jhs &.

Guadalaxara.



BIBLIOGRAFIA DE CLAVIJERO ¹

HISTORIA ANTIGUA DE MEJICO

EN ITALIANO

Cesena, 1780

Storia Antica/ del Messico/ Cavata Da' Migliori Storici Spagnuoli,/ E Da' Manuscritti, E Dalle Pitture Antiche Degl' Indiani:/ Divisa in Dieci Libri,/ E Corredata di Carte Geografiche,/ E di Varie Figure; E/ Dissertazioni/ Sulla Terra, sugli animali, e sugli abitatore de Messico./ Opera/ dell' Abate/ D. Francesco Saverio/ Clavigero./ In Cesena. MDCCLXXX./ Per Georgio Biasini All' Insegna di Pallade/ Con Licenza de' Superiori. 4 vols. en 4º mayor.

EN ESPAÑOL

Londres, 1826

Historia Antigua/ de/ Méjico:/ Sacada De/ Los Mejores Historiadores Españoles, Y De Los Manuscritos,/ Y de/ Las Pinturas Antiguas de los Indios;/ Dividida en Diez Libros:/ Adornada con Mapas y Estampas,/ E ilustrada con/ Disertaciones sobre la Tierra, los Animales, y los Habitantes/ de Méjico,/ Escrita por/ D. Francisco Saverio Clavigero;/ Y Traducida del Italiano/ Por José Joaquín de Mora./ Londres:/ Lo publica E. Ackermann, Strand,/ Y en su Establecimiento en Méjico:/ Asimismo/ En Colombia, En Buenos Aires, Chile, Perú y Guatemala./ 1826. 2 vols. en 4º.

¹ Las presentes fichas fueron tomadas del ya citado estudio bibliográfico de Rafael García Granados realizado en 1931, con excepción de las que llevan fecha posterior.

Méjico, 1844

Historia Antigua/ de/ Méjico y de su Conquista,/ Sacada de los mejores historiadores españoles, y de los manuscritos y pinturas de los indios/ Dividida en diez libros: Adornada con Mapas y estampas,/ E ilustrada con Disertaciones/ Sobre la Tierra, los Animales y los Habitantes de Méjico/ Escrita/ Por D. Francisco J. Clavijero,/ Y traducida del Italiano/ por J. Joaquín de Mora./ Méjico:/ Imprenta de Lara, calle de la Palma, núm. 4/ 1844. 2 vols. en 4º mayor.

Méjico, 1853

Historia Antigua de Méjico,/ sacada de los/ Mejores Historiadores Españoles,/ Y de Manuscritos/ Y pinturas Antiguas de los Indios./ Dividida en diez libros. Adornada/ de cartas Geográficas y Litografías; con Disertaciones/ sobre/ la Tierra, Animales y Habitantes de Méjico./ Obra escrita en italiano/ Por el abate don Francisco Javier Clavijero./ Traducida/ Por el Dr. D. Francisco Pablo Vázquez,/ Colegial Antiguo del Eximio de San Pablo de Puebla y Maestrescuelas Dignidad/ de la Santa Iglesia de dicha Ciudad. Mejico/ Imprenta de Juan R. Navarro, Editor,/ Calle de Chiquis Núm. 6./ 1853. 1 vol. en 4º mayor.

Méjico, 1861-1862

Cuarta edición en español y segunda de la traducción del Obispo Vázquez, que fué publicada en el folletín de *El Constitucional*.—Méjico, 1861-1862.—Cuatro volúmenes en 8º, sin mapas ni ilustraciones.—El ejemplar de *El Constitucional* que se conserva en la Biblioteca Nacional tiene recordado el folletín.

Jalapa, 1868

Quinta edición en español y tercera de la versión de Don José Joaquín de Mora, impresa en Jalapa el año de 1868 por don Antonio Ruiz. 2 vols. en 4º mayor.

Méjico, 1883

Sexta edición en español y cuarta de la traducción de don José Joaquín de Mora, impresa en Méjico en 1883 por el señor Dublán. 2 vols. en 4. mayor.

Méjico, 1917

Séptima edición en español y quinta de la traducción de don José Joaquín de Mora, impresa por el Departamento Editorial de la Dirección General de las Bellas Artes, bajo la sabia dirección de don Luis González Obregón y precedida de unas Noticias Biobibliográficas del mismo. La Noticia de los Escritores de la Historia Antigua de Méjico, y la Advertencia relativa a las medidas de longitud, están colocadas al principio de la obra como en la edición italiana y como lógicamente debe ser. No es fácil explicarse la razón que tuvieron otros editores para cambiarlas de lugar.—Las láminas de esta edición reproducen cuidadosamente las originales.

EN INGLESES

Londres, 1787

The/ History of/ Mexico,/ Collected from/ Spanish and Mexican Historians,/ from Manuscripts, and Ancient Paintings of the Indians/ Illustrated by/ Charts, and other Copper Plates./ To which are added,/ Critical Dissertations/ on the/ Land,/ the Animals, and Inhabitants of Mexico/ by Abbé D. Francesco Saverio Clavigero./ Translated from the Original Italian,/ By Charles Cullen, Esq./ In two Volumes./ London,/ Printed for G. G. J. and J. Robinson. N^o 25, Pater-Noster Row/ MDCCLXXXVII. 2 vols. 4^o mayor. Es la primera edición inglesa.

Richmond, 1806

Segunda edición inglesa de la misma versión de Cullen, impresa por W. Prichard en Richmond, Virginia, en 1806. 3 vols. en 8^o.

Londres, 1807

Tercera edición inglesa de la misma versión que las anteriores, impresa por Joyce Gold, Shoe Lane, 1807. 2 vols. en 4^o mayor.

Filadelfia, 1817

Cuarta edición en inglés, impresa en Filadelfia por Thomas Dobson, Stone House 41 South Second Street. 3 vols. en 8^o.

EN ALEMAN

Leipzig, 1789-1790

*Geschichte/ von/ Mexico/ aus/ Spanischen und mexicanischen Geschi-
chte/ schreiben, Handschriften und Ge-/ Malden der Indianer/ zusamen-
rmengengetragen/ und durch Karten und Kupferstiche erlautert/ nebst einigen
cristischen Abhandlungen/ über die/ Beschaffenheit des Landes, der Thiere
und Ein/ wohner von Mexico Ausdem Italienischen der Abts Franz Xaver
Clavigero der Ritter Carl Cullen ins Englishche,/ und aus diesen mins Deuts-
che überstzt./ Leipzig,/ im Schwickertschen Verlage./ (1789-1790). 2 vols.
en 8º.*

EN ESPAÑOL

México, 1945

Historia Antigua de México. (Primera edición del original escrito en castellano por el autor). Con un prólogo y notas por Mariano Cuevas. México Editorial Porrúa, S. A., 1945. 4 vols.

HISTORIA DE CALIFORNIA

EN ITALIANO

Venecia, 1789

*Storia/ della California/ Opera postuma/ Del Nob. Sig. Abate/ D.
Francesco Saverio/ Clavigero/ In Venezia,/ MDCCLXXXIX/ Appresso
Modesto Fenzo./ Con Licenza de' Superiori, e privilegio. 2 vols. en 8º y un
mapa.*

EN ESPAÑOL

Méjico, 1852

*Historia/ de la/ Antigua o Baja California./ Obra Póstuma/ Del
Padre Francisco Javier Clavijero,/ de la Compañía de Jesús./ Traducida
del italiano/ Por el presbítero don Nicolás García de San Vicente./ Méjico.
Imprenta de Juan R. Navarro, Editor./ 1852. 1 vol. en 4º mayor.*

Baja California, 1931

El coronel don Rubén García me ha informado que en el periódico “El Mexicano”, órgano de la Jefatura de Operaciones del Distrito Norte de la Baja California, se está publicando actualmente una segunda edición en español de la Historia de California, del P. Clavijero.

Méjico, 1933

Secretaría de Educación Pública/ Publicaciones del Museo Nacional/ Historia/ de la/ Antigua o Baja California/ obra póstuma del Abate Francisco Xavier Clavijero/ de la Compañía de Jesús/ Traducida del Italiano/ por el Pbro. D. Nicolás García de San Vicente/ México/ Imprenta del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía/ 1933.

EN INGLES

San Francisco, Cal., 186-(?)

Historical outline of Lower California: extracts from the posthumous work of Father Francisco Javier Clavijero of the Company of Jesus, published in Venice in 1789; and from the memorial published by the citizen Ulises Urbano Lasseñas in 1859, on the colonization of Lower California and from the decree of the supreme government of 11th of March, A. D. 1857.—San Francisco, H. Payot 186—(-). 79 págs. 21 cms.

(Spanish and Spanish America in the Libraries of the University of California, a catalogue of books. The Bancroft Library.—Berkeley, 1830, pág. 104).

EDICION SINGULAR DE LA HISTORIA
ANTIGUA DE MEJICO

Filadelfia, 1846

Historia/ de la/ Conquista de México/ Sacada de los mejores historiadores/ Por F. J. C./ Filadelfia/ Impresa por MacClure/ 1846. 1 vol. en 4º mayor, con litografías.

OBRAS NO HISTORICAS
DEL P. CLAVIJERO

Méjico, 1761

Memorias/ edificantes/ del/ Br. D. Manuel/ Joseph Clavigero,/ sacerdote del obispado/ de la Puebla,/ recogidas por su/ Hermano/ el P. Xavier Mariano/ Clavigero, de la Compañía/ de Jesús. . . Con las licenc. necessar./ En México: en la Oficina nueva de/ letra Antuerpiana, por Christóval,/ y Don Phelipe de Zúñiga y Ontiveros./ Año de 1761. 1 vol. en 8º.

Cesena, 1782

Breve ragguaglio della prodigiosa y rinomata immagine della Madonna de Guadalupe del Messico.—Gesena.—1782. Por Gregorio Biasini. 1 vol. en 8º.

Méjico, 1762

Compendio/.de la vida,/ muerte, y milagros/ de/ San Juan/ Nepomuceno,/ escrita en lengua italiana./ Por el P. César Calino,/ de la Compañía de Jesús/ y traducido a la castellana/ por/ El P. Xavier Mariano/ Clavijero; de la misma/ Compañía./ Con las licencias necesarias./ Impreso en México, en la Imprenta del/ Real, y más antiguo Colegio de/ San Ildefonso. Año de 1762. 1 vol. en 8º.

Saltillo, 1891

Segunda edición del anterior compendio, impresa en Saltillo en 1891, en la tipografía del Gobierno, dirigida por Severiano Mora. Esta segunda edición, así como la primera, está sucedida por unas décimas intituladas *Paralelo de San Juan Nepomuceno y Moisés*. A más de estas décimas tiene una novena y otras oraciones que no tiene la primera edición y termina con la relación de unas indulgencias concedidas a los que leyeren la obra, por el obispo de Linares, don Jacinto López y Romo.

Méjico, 1762

Elogio de San Francisco Xavier, 1 vol. en 8º.

Méjico, 1766

Elogio de San Ignacio de Loyola, predicado en la Real Audiencia de Guadalajara. Impreso en Méjico, 1766. 1 vol. en 4º

Méjico, 1771

El Sacerdote Instruído. Gómez Galván. Lino Nepomuceno. Contiene dos cartas de San Francisco de Sales traducidas del francés por Clavijero.

Los siguientes escritos del P. Clavijero están tomados literalmente de la bibliografía del Señor González Obregón, que advierte que los anónimos constan en la Biblioteca de escritores de la Compañía de Jesús, por Backer, y los manuscritos en Beristáin, no habiendo concluido el autor los tres últimos, y dejando tal vez en proyecto el titulado *Colonias Tlaxcaltecas*.

Certamen poético para la noche de Navidad del año de 1753 presentado al Niño Jesús bajo la alegoría de Pan.

Cursus philosophicus diu in Americanis gymnasis desideratus.

Diálogo entre Filateles y Paleófilo contra el argumento de autoridad en la Física.

Plan de una Academia de Ciencias y Bellas Letras.

Ensayo de la Historia de N. E.

De los linajes nobles de la Nueva España.

De las colonias de los tlaxcaltecas.

Italia, 1782

Extracto del tomo primero de la Historia de México. Refiere Clavijero en el prólogo de la Historia de California que ciertos periodistas florentinos, en el Diario Enciclopédico de Literatura italiana y de ultramar, número IX, Italia, 1782, publicaron un extracto del tomo primero de su historia, atribuyéndole conceptos equivocados, como el de poner 30,400 pajes por tres o cuatrocientos jóvenes nobles.

Resúmen Histórico/ de las principales naciones/ que poblaron/ el país de Anáhuac,/ o Virreynato/ de/ Nueva España./ 1 vol. en 4º.

Méjico, 1877

Compendio/ de la/ Historia Antigua de México/ Por/ Felipe Buenrostro/ México/ Tipografía Literaria/ Núm. 5.—Canoa Núm. 5./1877. 1 vol. en 4º.



Es este otro resumen de la Historia de Clavijero sin decirlo sino en el epílogo.

Méjico, 1930

Los Clásicos de la Historia/ Clavijero/ Origen de la Población de/ América/ Talleres Gráficos Editorial y Diario Oficial/ Lic. Verdad No. 2/ México, D. F., 1930.

BIOGRAFÍAS DE CLAVIJERO Y ESTUDIOS
ACERCA DE SU OBRA

Castro, Agustín Ferrarar, 1785

Elogio del P. Francisco Javier Clavijero, jesuíta americano.

Maneiro, Juan Luis. Cesena, 1792.

De Vitis aliquot mexicanorum.

(Las dos obras anteriores, escritas por compañeros suyos de destierro son las fuentes en que han bebido todos sus posteriores biógrafos).

Beristáin y Souza, Dr. José Mariano, Méjico, 1816

Biblioteca Hispano Americana Septentrional.

F. Ortega en Veytia Mariano. Méjico, 1836

Historia Antigua de México. (En las páginas XXVIII a XXXII de la obra de Veytia se encuentra una noticia biográfica de Clavijero por F. Ortega).

Almazán Pascual. Puebla, 1838

Ensayo Literario (pág. 33).

José Joaquín Pesado. Méjico, 1853

Diccionario Universal de Historia y Geografía. Artículo Clavijero. (Este artículo, que don Luis González Obregón tomándolo de Orozco y Berra,

atribuye erróneamente a don José Fernando Ramírez, se debe a la pluma de don José Joaquín Pesado).

Arróniz, Marcos. París, 1857

Manual de Biografía Mexicana.

Méjico, 1862

Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. 1a. Época, tomo IX pág. 261. “Noticias relativas al ilustre jesuíta mejicano don Francisco Javier Clavijero”.

Zelis, Rafael. México, 1871

Catálogo de los sujetos de la Compañía de Jesús que formaban la Provincia de Méjico el día del arresto, 25 de junio de 1767.

Agustín R. González. Méjico, 1874

Hombres Ilustres Mexicanos. (Tomo III, pág. 59).

José Miguel Macías. Veracruz, 1883

Biografía del egregio historiador naturalista y poligloto Francisco J. Clavijero. (Impreso por la logia “Lumen”, de Veracruz. Es una crítica erudita y bien documentada, a la vez que un curioso ejemplar de clerofobia exaltada).

Sosa, Francisco. Méjico, 1884

Mejicanos distinguidos.

Peña y Reyes, Antonio de la.

Estudios biográficos y bibliográficos; don Francisco Javier Clavijero.

Méjico, 1886-1887

Liceo Mejicano. Artículos publicados en el tomo II, núm. 1, pág. 4 y tomo II núm. 12, pág. 89, titulados “Un Recuerdo a Clavijero”.

José Mariano Dávila. Puebla, 1888

Continuación de la Historia de la Compañía de Jesús en Nueva España del P. Francisco Javier Alegre.

García Cubas, Antonio, Méjico, 1887

Almanaque de "El Tiempo", páginas 86 a 90 "Francisco Javier Clavijero".

Backer, Bruxelles, 1890

Bibliothèque des écrivains de la Compagnie de Jesus. Nouvelle édition par Charles Sommervogel.

Gallerani, Alejandro. Salamanca, 1897

Jesuitas expulsados de España. Literatos en Italia.

Decorme Gerardo. Guadalajara, 1914

Historia de la Compañía de Jesús en la República Mejicana durante el siglo XIX. 1616-1848.

Castillo, Ignacio B. del. Méjico, 1929

Biografías de veracruzanos distinguidos. En Anales del Museo Nacional 4a. época, tomo IV, núm. 1.

García, Cor. Rubén. Méjico, 1931

Bio-Bibliografía del Historiador Francisco Javier Clavijero. (Estudio hecho con motivo del 2º centenario).

Busto, Emilio. Méjico, 1883

Diccionario Enciclopédico Mejicano.

Oviedo y Romero, Aurelio María. París, 1889

Biografías de Mejicanos Célebres.

García Cubas, Antonio. Méjico, 1888.

Diccionario Geográfico Histórico y Biográfico.

Gómez de Orozco, Federico. México, 192-.

Catálogo de la colección de manuscritos de Joaquín García Icazbalceta, relativos a la Historia de América. (M. S. inédito de la traducción de la Historia de California por don Diego Troncoso y Buenvecino).

Hijos de J. Espasa. Barcelona, 192-.
Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana.

Osores de Sotomayor F.
Alumnos distinguidos de San Ildefonso de Méjico. (Tomo II, páginas 109, 124 y 144.).

González Peña, Carlos. Méjico, 1928
Historia de la Literatura Mejicana.

Jiménez, Rueda, Julio. Méjico, 1928
Historia de la Literatura Mejicana.

Gallegari, G. V. Milán, 1931

Un Grande Storico Messicano l'Abate Francesco Saverio Clavijero (Nel bicentenario della sua nascita). Veracruz, 9 settembre 1731.—Bologna 2 Aprile 1787. Estratto dal fascicolo VII, 1931-IX, della rivista mensile del T. C. I. “Le Vie d’Italia e dell’America Latina”.—Milano, Arti Grafiche E. Ca-lamandrei e C. 1931—IX—11 págs. ilustr.

Méndez Plancarte, Gabriel. México, 1941
Humanistas del siglo XVIII. México, Ed. de la U. N. A. M., 1941.

México, 1945

Julio Le Riverend Brusone.—“La Historia Antigua de México del Padre Francisco Javier Clavijero”, en *Estudios de Historiografía de la Nueva España*, por varios autores. Con una introducción de Ramón Iglesia. Ed. “El Colegio de México”, 1945.

Romero Flores, Jesús. México, 1945

“Documentos para la biografía del historiador Clavijero”, en *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, t. I. México, Talleres gráficos de la Ed. Stylo, 1945.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS